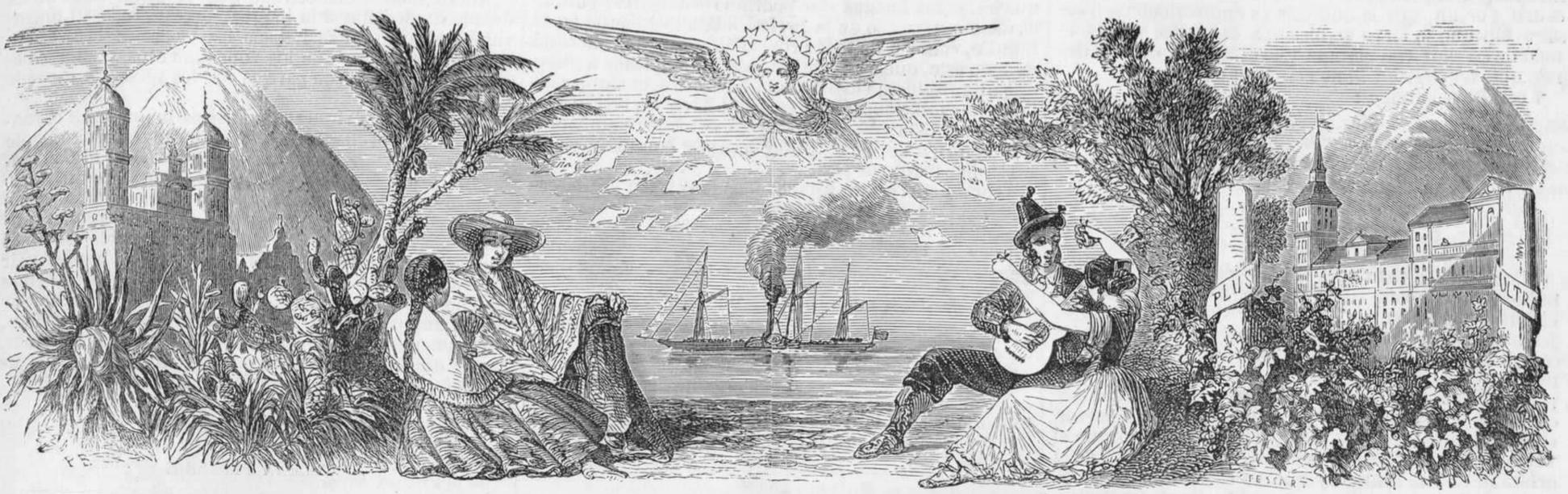


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 32.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos; D. Tomás Rodríguez Rubí. — Historia de la semana; grabado. — Orillas del Pruth; grabados. — La hija de Rapaccini. — Porta-amarra de salvamento. — Guerra y marina; grabados. — La vuelta de Juan Perez. — Los establecimientos de baños (Homburgo); grabados. — Mi vision de la fuente. — El pintor Robineau en Rusia. — Revista de la moda. — Tien-Té, jefe de los insurgentes Mings, pretendiente al imperio de China; grabado.

Poetas españoles contemporáneos.

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Artículo tercero.

Continuacion de la carta dirigida por D. Antonio Ribot y el que abajo firma al señor conde de San Luis, con motivo de la proteccion que este dispuso al drama de D. Tomás Rodríguez Rubí, titulado : *Isabel la Católica*:

Prosigue la reina :

¡Prados de perpetuo abril!
¡Qué mágica variedad!
Allá la palma gentil
Juega en dulce vaguedad
Con el ambiente sutil.

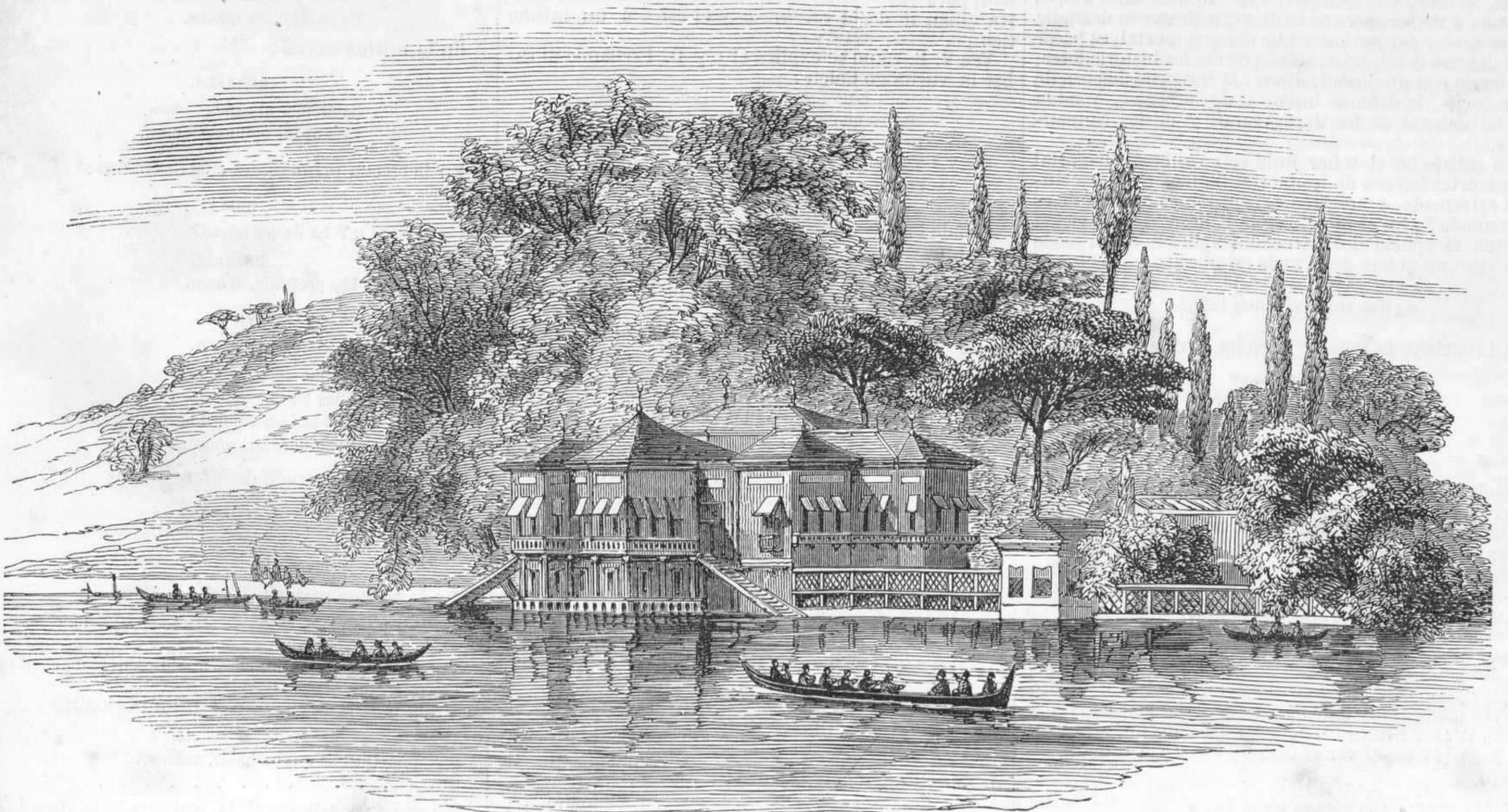
Y ciertamente, los prados podrian ofrecer una variedad soberanamente mágica; pero es mas mágica la vulgaridad de la quintilla que acabamos de copiar : parece una quintilla de piés forzados en que dadas las palabras *abril, variedad, gentil, vaguedad y sutil*, se ha encargado el señor Rubí de intercalar prosáicamente algunas sílabas para construir versos respecto de la medida, y á salga lo que saliera en lo concerniente á la idea. Solo así puede explicarse que el señor Rubí haga jugar á la palma con el ambiente, y no al ambiente con la palma, en el caso de que esta y aquel pudiesen entretenerse jugando; pues debe saber el señor Rubí, que el ambiente es un aire demasiado suave para jugar con la palma de modo que pudiera la reina observarlo desde su ventana; y eso siendo ambiente sin la cualidad de sutil que le aplica el escritor, porque entónces la potencia del ambiente seria casi negativa, y la ciencia no ha descubierto aun instrumentos capaces de hacer perceptibles

los juegos de dos cuerpos tales, que al uno le falte la fuerza y al otro la movilidad. Por lo que hace al adjetivo *dulce*, aplicado á la vaguedad, confesamos nuestra torpeza, y decimos ingenuamente, que si no es un ripio puesto á propósito, no comprendemos su objeto.

Pero veamos como sigue la reina su descripcion de los campos de Granada :

En trenzas mil desatados
Arroyos aquí parleros :
Cipreses allá y ganados
Y bosques de perfumados
Naranjos y limoneros.

La primera idea que se nos ocurre al leer esta quintilla, es la de gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones : ¡ A cuatro cuartos, naranjas y limones..... baratos!!! Despues se nos ocurre que hay poca lógica en las metáforas, lo que prueba que el señor Rubí no es poeta, y que se esfuerza inútilmente por parecerlo, pues no alcanzamos á comprender qué relacion tiene la cualidad de parleros que se atribuye á los arroyos con las trenzas en que se desatan. Vemos tambien la violencia del consonante en llamar parleros á los arroyos, porque si los poetas les han llamado murmuradores, no es en el sentido de que murmuren como las perso-



Pabellon del consejo del divan en la Puerta Otomana.

nas, hablando mal del prójimo, sino en el de hacer rumor, esto es « ruido blando, suave, de poco sonido. » Se nos ocurre también advertir al señor Rubí, que hay falta de verdad en llamar perfumados á los naranjos y limoneros, porque siendo ellos los que dan el perfume, mas bien que perfumados son perfumadores. Y se nos ocurre por fin, que la quintilla es eminentemente prosaica sin que la sirva de disculpa decir que se ha tratado de escribir con llaneza y lisura, porque nada tienen que ver lo liso y llano con lo pueril y toscó.

Y continúa la reina :

Do quiera la vista gira
A lo léjos, contrastada
Halla la tierra que mira...
El fuego de Sierra-Elvira
Lo apaga Sierra-Nevada.

¿Con qué la vista gira á lo léjos? Aviso á los que tanto se calabacean en averiguar las propiedades del órgano de la vision. ¿Con qué la vista girando á lo léjos halla contrastada la tierra? ¡ Buen ver es ! Nosotros comprendemos que la tierra ofrezca contrastes por sus montes y llanuras, eminencias y precipicios; pero no por eso creemos que se pueda decir que la tierra está contrastada. Esto y lo de girar la vista á lo léjos son cosas incomprendibles para los que pensamos que el vuelo de la imaginacion tiene sus límites dentro de la órbita del buen sentido y que no confundimos por lo tanto las licencias poéticas con el libertinaje fantástico.

Apostaríamos algo bueno á que los tres versos en que el señor Rubí ha ingerido dos impropiedades, no tienen mas objeto que el de lucir despues el desventurado retruécano de Sierra-Elvira y Sierra-Nevada, donde debemos notar tambien que el escritor no ha sabido explicar su pensamiento, pues la primera idea que viene á las mientes del que no ha visto á Sierra-Elvira, es la de que en esta sierra hay volcanes, y que Sierra-Nevada los apaga con algunas remesas de avalanchas.

Como si lo dicho no fuera bastante, continúa la reina Isabel :

Sobre esta, nubes de oscuro
Amarillento color :
Sobre aquella, el grato albor
De ese cielo encantador
Como ningún cielo puro.

Tres consonantes seguidos capaces de atronar las orejas al mismo Vulcano, que las tiene á prueba de martillo.

Y dice la reina :

¡Oh! comprendo la obstinada
Defensa ruda, mortal
De los moros; que es Granada
Una ciudad extremada
Un paraiso oriental.

Toda la vida, desde Priamo hasta Cabrera, y desde el sitio de Troya al de Morella, la calificación de mortal se ha dado al acto del ataque y no al valor de la defensa. Se dice, por ejemplo, que Aquiles daba golpes mortales á Hector, pero no se dice que Hector se defendía mortalmente; porque hacer una defensa mortal, es hacer una defensa débil, miserable: por eso los historiadores, hablando con propiedad, dicen: la inmortal defensa de Numancia, la defensa inmortal de Zaragoza, y no la mortal defensa de los zaragezanos y de los Numantinos.

No satisfecho el señor Rubí con calificar de mortal la inmortal defensa de los moros, llama á Granada ciudad extremada, y nosotros preguntamos: ¿En qué es extremada? ¿En el lujo? ¿en la belleza? ¿en el vicio? Porque el epíteto de extremada aplicado de un modo tan vago, no quiere decir nada en nuestro concepto.

«¿Has visto nada mas bello?»

Así concluye la reina, y contesta Gonzalo :

Para moros... en rigor
Cierto que es encantador;
Mas para vos todo ello
Aun pudiera ser mejor.

Reflexion originalísima por cierto la del capitán bizarro: para los moros todo es bueno, que es como quien dice: para mi padre basta mi madre. No dirémos nada de ripios, aunque hay un rigor que merecía la pena de ser tratado con todo rigor; pero concédasenos el desahogo de decir que la quintilla que acabamos de copiar, es la quintilla por excelencia prosaica del drama prosaico por excelencia. ¡Qué versos, señor conde y vizconde! ¡Qué versos! ¡Qué faltas de energía, de gala, de dicción y de buen gusto!... Todo ello es malo, muy malo; pero la maldad de que adolece todo ello consiste en ser malas, muy malas las partes que constituyen el todo. Por eso hemos hecho las indicaciones que ha visto V. E., y por eso al ver el último verso del capitán bizarro

« Aun pudiera ser mejor. »

añadimos que esto mas que una galantería es una perogrullada con ribetes de broma; porque, en efecto, por

muy bello que fuera á los ojos de Isabel la Católica el contraste de los naranjos y limoneros, aun pudiera ó podria ser mucho mejor. Y no solo podria ser mejor todo ello para la reina católica, sino para cualquiera otra persona de mas humilde esfera. Es claro: V. E. habrá visto muchas cosas malas que podrian ser buenas, y muchas cosas buenas que podrian ser mejores; porque el último término de la perfectibilidad se pierde en el infinito, como el de toda progresion creciente... Resulta de todo esto, que á la palabra *podiera*, empleada á guisa de pulla, hubiera sustituido la de *debiera*, cualquier escritor mas iniciado que el señor Rubí en los secretos de la lengua. Esta sustitucion no impediría, sin embargo, que la forma de la quintilla destilase languidez y pobreza por todos sus poros.

Veamos si el señor Rubí es mas feliz en la gramática que en el arte de hacer versos.

¿Quiere V. E. ver cómo el señor Rubí convierte en activos los verbos neutros? Pues lea V. E. estos versos que Isabel la Católica dice á su caro esposo D. Fernando.

Sano ejemplo tendrán nuestros vasallos
Porque sus pasos nuestros pasos guían.

Y entre paréntesis, difícilísimo es saber aquí quien guía á quien, si los pasos de los reyes á los de los vasallos ó á la inversa; pero hagamos la vista gorda y progresamos :

Y con él conquistamos el derecho
De enmudecer á la falaz malicia.

Se ve que el señor Rubí ha dicho eso de enmudecer en el sentido de obligar á callar; pero tambien se ve que no lo ha dicho en regla, porque lo que Isabel podía proponerse no era *enmudecer*, sino *hacer enmudecer* á la malicia, y de consiguiente se ve que el señor Rubí ha trabajado los verbos en el laboratorio de su entendimiento, dándoles una elasticidad digna de mejor suerte.

Vea V. E. cómo se expresa Andrés Cabrera, que Cabrera habia de llamarse para fusilar de este modo á la lengua castellana :

¡Defended á la reina! ¡Aquí, soldados!
Esas puertas cerrad... y al que primero
Se acerque á su dintel, caiga sin vida.

Que caiga el que se acerque, lo diría cualquier aficionado á la gramática, pero que *al que* se acerque *caiga*, solamente lo dice el señor Rubí, que pareciéndole poco eso de barajar los verbos activos y neutros, prueba que sabe confundir tambien el acusativo con el nominativo.

Vea V. E. estos cuatro renglones que Colon tiene la desfachatez de espetar á la reina :

Pues que henchis de aliento ahora
Mí esperanza, á vuestra Alteza
A hablar voy con la franqueza
Que *exigis* de mí, señora.

Donde van barajados los tratamientos de *vos* y de *Alteza*, para que V. E. no se extrañe si alguna vez encuentra quien le dé el *excelencia* y el *usted* á un mismo tiempo.

Vea V. E. cómo se explica el rey D. Fernando al saber la vuelta de Colon :

Mas ya que os cuidais tanto de la gloria
De mi corona de Aragon y nuevas
Tan gratas hoy me dais, á la vez mia
Otras os quiero dar.....

Donde tambien falta la propiedad, porque, como V. E. sabrá muy bien, eso de cambiar el modismo de *á mi vez* en el de *á la vez mia* no está autorizado por el ministerio del ramo en lo relativo al servicio de la lengua castellana.

Vea V. E. como Isabel la Católica dice al célebre genovés :

Habla, Colon, que en tan supremo dia
Están *mis reinos* de tu voz pendiente.

Y así verá que, no satisfecho el señor Rubí con equivocar los verbos activos con los neutros, y los casos acusativos con los nominativos, nos da á entender que tambien sabe confundir los singulares con los plurales. Dirá el señor Rubí que el consonante le obligaba á decir *pendiente* y no *pendientes* como la gramática exigía; pero le contestaremos nosotros que cuando no se puede ó no se sabe decir las cosas en verso, se dicen en prosa, porque no es justo ni razonable subordinar los fueros de la lengua á los caprichos de la rima. Además de que todo estaba remediado con decir:

Está *mi reino* de tu voz pendiente.

Vea V. E., en fin, como Colon enumerando las cosas que vió en el otro mundo, y parodiando lo que vió D. Simplicio en la luna, dice :

Y allí tenéis y tienen las Españas
A la orilla del mar, para cogerlas,
En rocas de coral bancos de perlas.

Y notará V. E. que el verbo *cogerlas* no se refiere á las perlas, sino á los bancos, lo que puede pasar por una legítima concordancia vizcaína, como la de pavos gordas y gallinas flacos, de modo que despues de tantas travesuras lengüísticas, se descuelga el señor Rubí equivocando el género masculino con el femenino.

Ahora bien: demostrado que el señor Rubí no ha dejado hueso sano á la lengua, descargando su inexorable varapalo en casi todas las partes de la oracion, queda consignado que los conocimientos gramaticales del señor Rubí corren parejas con los versos de *Isabel la Católica*.

¿Será, pues, la riqueza de la rima lo que le ha encantado á V. E.? No lo creemos, porque este es precisamente el lado mas vulnerable del autor de *Isabel la Católica*, y para probarlo nos basta observar que tiene un cierto número de palabras de las que no sabe separarse, como *ahora*, que para el señor Rubí es el indispensable consonante de señora; de tal manera que cuando asistimos á una de sus comedias, tan pronto como oimos decir *señora*, aunque la cosa debiera suceder *luego*, sabemos que ha de suceder *ahora*, y, al revés, cuando oimos decir *ahora*, aunque los personajes que dialogan sean machos, esperamos que el uno llame al otro *señora*. Pondremos, por si queda alguna duda, un estado de las veces que en *Isabel la Católica* se nota la falta que criticamos.

CUADRO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ.

Es verdad, es verdad; ¡pero señora!
Aun no habeis advertido.....
¡Mirad á Pimentel!.....

REINA.

Si se ha dormido,

Soñará con los ángeles *ahora*.

En la misma escena :

PIMENTEL.

Es vuestra voluntad..... bueno, señora,
Yo mis pruebas haré, y el cielo quiera
Que os agraden.

REINA.

Probemos desde *ahora*.

En la escena sexta del mismo cuadro :

REINA.

Id y que anuncien *ahora*
Este acuerdo á la ciudad.

CARDENAL.

Lo anunciaré así: mirad
Antes si os place, señora.....

En la escena diez del cuadro segundo :

BEATRIZ.

Hasta *ahora*

Hablaste como un amante,
Hablar pudiera delante
De su adorada *señora*.

En la misma escena :

GONZALO.

Saldremos al campo *ahora*,
Esta es mi opinion, *señora*.

En la escena primera del cuarto cuadro :

REINA.

¿Y ha de ser *ahora*?

BEATRIZ.

Eso pretende, *señora*.

En la tercera del mismo :

GONZALO.

Porque de pensarlo así
Años ha que yo *señora*
Pruebas sin réplica os dí,
Y no dudareis *ahora*....

En la séptima escena de *idem* :

COLON.

Señora,

El favor que alcanzo *ahora*....

En la misma escena :

Pues que henchis de aliento *ahora*, etc.

Esta redondilla la hemos copiado anteriormente, criticándola bajo otro concepto.

En la misma escena dice el mismo Colon :

Ahora

¿Quereis que os hable, *señora*?....

No es por consiguiente la riqueza de la rima lo que ha provocado el entusiasmo de la córte.

(Se continuará.)

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

En nuestra última revista se nos quedó en el tintero una anécdota mas que tenemos preparada, sobre las extravagancias inglesas. He aquí el caso :

Sabido es que en el día existen sociedades de seguros para todo. Lord Maxwell, hombre previsor, aseguró últimamente sus muebles contra el incendio, por una compañía de Londres establecida con tal objeto.

— ¿La compañía se compromete á pagar todos los objetos que perezcan por el fuego? preguntó lord Maxwell al director de esta sociedad encargada de reparar los desastres plútónicos.

— Así es, contestó este; hagamos el inventario de los objetos que se han de asegurar, y en caso de incendio, la sociedad responde.

En efecto, así se hizo, y en el resguardo que se llevó lord Maxwell se puso la siguiente cláusula :

« La compañía se compromete á reembolsar á lord Maxwell el valor de todos los objetos mencionados en el inventario adjunto, que llegasen á perecer por medio del fuego. »

Algunos meses después, el director de la compañía recibió nuevamente en su despacho la visita de lord Maxwell, que le dijo :

— He aquí la lista de los objetos que han asegurado Vds., declarándose dispuestos á reembolsar su importe si llegaban á desaparecer por el fuego. En el número de estos objetos, es decir, en el inventario completo de todo lo que han inscrito Vds. para aumentar la lista, se encuentran seis cajoncitos de cigarros de la Habana, y cincuenta botellas de rom de la Jamaica. Ahora bien, estos cigarros me los he fumado, de suerte que han perecido por el fuego, y con las cincuenta botellas de rom he hecho buenos ponches en diferentes ocasiones, como lo prueban los certificados que traigo aquí de mis convidados y amigos. En una palabra, el rom, lo mismo que los cigarros, ha perecido por el fuego, y ateniéndome á las cláusulas de nuestro convenio, deben Vds. reembolsarme el valor de estos dos artículos. El rom me había costado una guinea la botella, y los cigarros cinco guineas el cajón, de modo que hace un total de 80 guineas.

— Nada mas justo, respondió el director; la cláusula del contrato es terminante, y tiene Vd. derecho á lo que pide.

Y acto continuo le extendió un papel, y le dijo :

— Pase Vd. á la caja con esta carta de pago.

El cajero pagó inmediatamente.

La compañía se reunió, y dilucidado bien el asunto en cuestión, ha entablado un pleito á lord Maxwell como incendiario voluntario.

Tendremos á nuestros lectores al corriente del fallo que recaiga en esta causa.

Entretanto nos volveremos á París, y entrando al punto en materia, trasladaremos á nuestras columnas la siguiente historia :

Hace ya muchos años, dió bastante que hablar en el mundo parisiense un marido que se suicidó por hacer favor á su mujer, y por reparar la mala conducta que habia tenido con ella. Sí, este marido que concluyó tan bien, parece que habia empezado pésimamente. Lleno de cualidades negativas, jugador, dissipador y libertino, habia devorado todo cuanto habia en casa, y su mujer era cada día mas desgraciada. Y sin embargo, esta mujer merecia por el contrario ser muy dichosa, porque era tan hermosa como buena, y la prueba es que sufrió con la mayor resignacion los malos tratamientos de un indigno marido, sin que en esta lucha de todos los dias sucumbieran ni su virtud ni su paciencia; y este sacrificio fué bien laudable, pues no le faltaban las ocasiones; numerosos galanes trataron de consolarla ofreciéndola venganza, y entre estos el mas asiduo era un joven baron, sumamente rico y apasionado hasta la locura. Este era el mas temible, pues de todos ellos era tambien el único que habia descubierto el secreto de agrandar á la esposa desconsolada.

El marido, que habia perdido una brillante posicion, y que ya no vivia sino á beneficio de préstamos ruinosos, y de las astucias propias de un hombre de su calaña, se fué un verano á tomar baños con su mujer á los Pirineos; el baron les habia seguido, pero la mujer virtuosa le obligó á que saliera de donde ellos estaban.

Este rasgo magnánimo enterneció al marido que, previo un exámen de conciencia, sintió por primera vez el aguijón de los remordimientos. El hombre se acusó, se maldijo, y se condolió tanto de la pobre mujer á quien habia hecho tan infortunada, que exclamó diciendo :

— ¡Sin mí seria dichosa; se casaria con el hombre que ama! No hay remedio; es preciso que acabe de sufrir conmigo, que sea libre, que se quede viuda. Así como así, el sacrificio no será grande para mí; ya estoy cansado de esta existencia miserable, tan pesada para mí como para los otros.

Después de tomada esta resolucion, el arrepentido escribió á su mujer una carta de despedida, suplicándola que le perdonara sus ofensas; en ella le decia :

« Por tí, por destruir el obstáculo que se opone á tu felicidad, voy á darme la muerte. »

Y salió para ejecutar su terrible proyecto.

En efecto, al otro dia encontraron en lo alto del monte, al borde de un precipicio, el sombrero del difunto y su librito de memorias, donde habia trazado con una mano trémula algunos renglones ántes de precipitarse en aquel abismo, cuya profundidad jamás habia medido la mirada humana.

Preciso es convenir en que hay pocos maridos en el universo capaces de llevar su generosidad hasta tal punto; de modo que el hecho de que hablamos fué muy admirado entre el bello sexo, sin duda á ver si la cosa se hacia de moda y prendia en los maridos malos.

Todo sucedió como lo habia previsto el marido generoso; su viuda vertió algunas lágrimas de ternura, legítimo tributo pagado á una buena accion; sacó la fe de difunto de su marido, y pasado el primer año de luto, se casó con el baron, y fué muy dichosa.

Este trágico fin del pobre marido puesto en las nubes por el entusiasmo parisiense, suministró un buen asunto de leyenda en los Pirineos. Los poetas hicieron gala de su imaginacion exaltada y caballeresca, y contaron el caso adornado con pormenores sorprendentes; pero en realidad, hé aquí la verdad de todo ello :

Cuando el heroico esposo llegó á la cúspide del monte, su frenesí se habia calmado un poco con el aire fresco de la mañana, y con el saludable ejercicio de un buen paseo por aquellas cuestas, de modo que su ánimo mas sosegado, ya le permitia dar un nuevo giro á sus ideas. En una palabra, el aspecto del abismo en vez de atraerle le recordó este pensamiento filosófico del príncipe de Talleyrand, de aquel diplomático famoso cuyas palabras eran sentencias, y de grueso calibre :

« Desconfiémosnos del primer impulso del corazon, porque suele ser bueno. »

En efecto, á nuestro hombre hubo de entrarle la desconfianza, y al punto se hizo á sí mismo estas reflexiones :

— ¿Porqué he de matarme, si puedo lograr el mismo fin por otros medios? Figuraré que llevé á cabo mi suicidio, y mi mujer queda ya libre.

El marido conoció que era una tontería quitarse la vida á los treinta años por exceso de sentimentalismo, y que valia mas darse por muerto, é ir á buscar fortuna á lejanos países. Por descuido llevaba encima unas quince onzas, lo bastante para lanzarse en las aventuras cuando se tiene un poco de audacia y no muchos escrúpulos.

Así sucedió pues; nuestro hombre dejó el sombrero sobre la yerba, y el librito de memorias abierto en una página donde habia escrito una brillante despedida, y después en vez de echarse en el barranco, precipitó en él un tronco de árbol que se despeñó, marcando en la tierra y en las zarzas las señales inalterables de su caída.

Dos mujeres vieron á lo léjos un hombre que se agitaba en lo alto del monte, y cuando cayó el tronco se asustaron, creyendo que era el hombre, y declararon después que habian presenciado el horrible suicidio.

El difunto, en muy buena salud, se fué en derecha á un puerto cualquiera, y se embarcó para la América.

Siete ú ocho años después de este fabuloso acontecimiento, el baron y la baronesa se hallaban juntos en la sala de su casa, cuando vieron entrar de repente el espectro vivo de aquel primer esposo que se habia suicidado muchos años ántes.

La baronesa se desmayó, no podia ser ménos; la llevaron á su cuarto, y entónces los dos maridos entraron en explicaciones.

El primero contó que habia cambiado de idea en el momento de matarse; que habia viajado sin querer escribir por delicadeza, pues pensaba hacerlo únicamente cuando tuviera ya reunida una fortuna; pero desgraciadamente sus empresas le habian salido mal, de modo que solo su mujer podia consolarle en la desgracia; venia pues á llevársela, como tenia derecho para ello, pues aunque veia que se habia vuelto á casar, este segundo matrimonio era nulo.

El baron iba á responder á este discurso, cuando vinieron á advertirle que la baronesa le llamaba.

— Puede Vd. ir, le dijo el primer marido; autorizo la despedida, pero haga Vd. el favor de mandar que me traigan algo que comer, pues estoy muriéndome de hambre.

Un criado á quien el baron dió algunas órdenes en voz baja, llevó al viajero á un pabellon donde le pusieron una buena mesa y le dejaron solo. Un rato después entró el baron con un par de pistolas en la mano.

— Ya puede Vd. figurarse, caballero, que uno de los dos sobra en este mundo.

— ¿Un duelo? exclamó el primer marido; ¿qué cándido es Vd. yo me niego á batirme; mis derechos no admiten duda.

— ¿Y quién le habla á Vd. de duelo? Si Vd. tiene derechos, yo los tengo tambien; además, Vd. olvida que está Vd. muerto, y que nadie mas que un criado, con quien puedo contar, le ha visto á Vd. entrar aquí, de modo que puedo matarle á Vd. impunemente, y es lo que voy á hacer sin mas tardanza.

— No, no me matará Vd., repuso el ex-difunto cruzándose los brazos; pues en este caso, habria Vd. principiado por hacerlo, sin entretenerse en decirme tantas palabras.

— Es que...

— No, repitió el otro interrumpiéndole; confiese Vd. que me va á proponer otra cosa.

— Ya que habla Vd. de proposiciones, nada mas fácil; yo soy riquísimo, poderoso, y Vd. no lo es...

El otro abrió unos ojos brillantes de satisfaccion y de contento, y oyó con el mayor interés el capítulo de las proposiciones; solo puso algunos inconvenientes en el total de la cantidad que se le ofrecia. Para suicidarse de nuevo, con la condicion de no resucitar en toda su vida, exigió una fortuna á cuyo beneficio pudiese vivir con opulencia.

El baron cedió á todo, pues su mujer valia mas que lo que el otro le pedia, y el primer marido salió de nuevo para América, donde esta vez prosperó hasta hacerse millonario. Sin embargo, á pesar de que París es el paraíso de los ricos, no habria venido á él si no hubiese sabido que la baronesa habia muerto, y que su esposo la habia sobrevivido muy pocos dias.

Entónces volvió á Francia con sus talegas y con un nombre nuevo, y París admira en este momento á ese millonario ultramarino, que gasta y triunfa como un Monte-Cristo.

Ibamos á terminar nuestra revista, cuando vemos en un periódico semi-oficial de Madrid las siguientes líneas, que transcribimos á continuacion como una prueba del afecto con que la España mira en el día á sus antiguas colonias emancipadas, convertidas en pueblos independientes, si bien, en particular, no interesa mas que á la república de Chile, la noticia que en ellas se encierra :

« Nuestro eminente pintor D. E. Lucas ha terminado un retrato de aquel gran soldado español Pedro de Valdivia, primer gobernador y fundador de la ciudad de Santiago de Chile, que ha sido pintado por orden de S. M. para regalárselo á la república de Chile, con la cual nos unen hoy tantos lazos de amis-

tad y afecto. Este retrato está destinado á una de las capillas de la catedral de Santiago. Valdivia está pintado con toda la gala de córte, con su gran armadura y todas las insignias correspondientes.

» Aplaudido por algunos de nuestros primeros artistas, que han declarado que en materia de retratos es difícil hacer una cosa mas sobresaliente, este notable cuadro fué presentado el 7 de julio por el señor presidente del consejo de ministros á S. M., que se dignaron declarar que merecia toda su aprobacion, y en prueba de ello S. M. la reina tuvo á bien premiar al señor Lucas, concediéndole la cruz de la real y distinguida órden de Carlos III.

» Es verdaderamente satisfactorio contemplar la cordialidad de las relaciones que se establecen entre nuestras antiguas colonias americanas, hoy convertidas en naciones independientes, y la que fué su metrópoli, y lo es doblemente el ver á nuestra reina tomar la iniciativa en un asunto que tanto interesa el porvenir de la raza española, sea cual fuera el color de la bandera bajo cuya sombra habla nuestra lengua, propaga nuestras ideas y profesa nuestros hábitos. El odio suscitado por la guerra de la independencia desaparece rápidamente, y buena prueba de ello es que en Chile donde ese odio era mas vivo, y con razon, porque fué una de las colonias que tuvimos mas olvidadas siempre, se coloque en la catedral, regalado por la reina de España, el retrato de aquel soldado valiente de quien dice Ercilla :

« A solo el de Valdivia esta Victoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada :
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo,
Y en opresion la libertad redujo. »

» Chile, que conserva en el nombre de una de sus provincias el recuerdo indeleble de su conquistador, tendrá ahora un recuerdo solemne de los fraternales sentimientos con que lo mira España, y de los deseos que abriga de verlo prosperar y engrandecerse en el camino que ha emprendido. Digno es de elogio el rasgo con que nuestra augusta soberana ha consignado los sentimientos del país en que reina, y felicitarnos al distinguido pintor que tan bien ha sabido interpretarlos, y cuyo nombre alcanzará en Chile el aplauso que merece.»

Poco tenemos que decir sobre el grabado que va á la cabeza de este número. Como en el día todo lo que tiene relacion con las cosas de Oriente presenta un interés de actualidad en el mundo todo, hemos creído que nuestros lectores verán con gusto un dibujo del pabellon del consejo del Divan de la Puerta Otomana, donde quizás se habrá decidido á estas horas la paz ó la guerra europea.

MARIANO URRABIETA.

31 de julio de 1853.

Orillas del Pruth.

Hace cinco años que un periódico francés decia hablando del Pruth : « ¡Este rio es el Rubicon de la historia contemporánea! Pasar el Pruth seria de parte de la Rusia el complemento mas atrevido de todo lo que ha osado hacer hasta ahora. »

Pues bien, la Rusia ha pasado el Pruth, y aunque no por eso creemos que los destinos de la Europa sufran una gran transformacion, es cierto que la actitud de la Rusia tiene al mundo en expectativa, razon por la cual insistimos en hablar de las provincias moldo-valacas, apartando la vista de la cuestion política, que recordamos solo para inspirar á nuestros lectores mayor interés hácia los pueblos cuya historia y costumbres ofrecemos, aunque muy en compendio.

JASSY

Capital del principado de Moldavia.

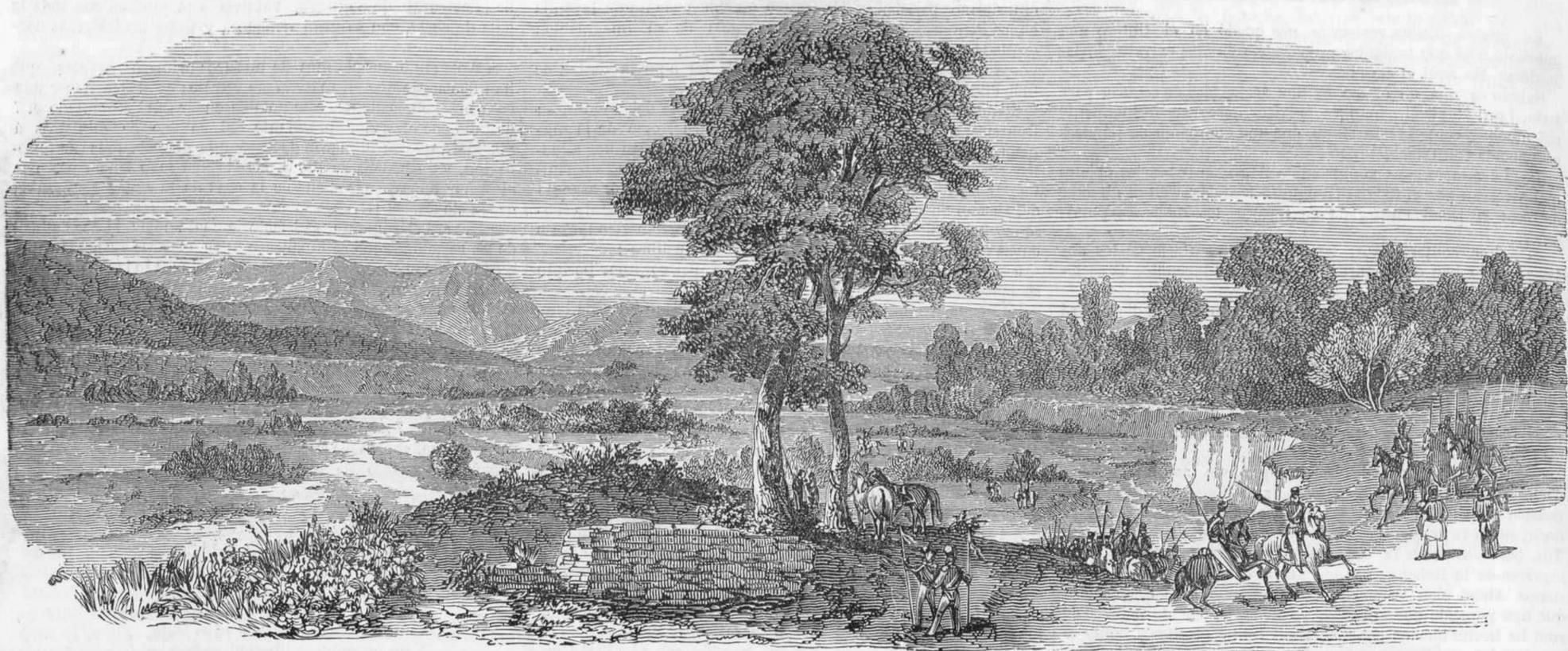
A cuatro leguas solamente de las orillas del Pruth, en el punto desde el cual contempla la política rusa los sucesos de la Europa, se halla la ciudad de Jassy, capital del principado de Moldavia.

Esta hermosa ciudad, último punto de la Europa culta hácia el Asia, es hoy, por el protectorado de la Rusia, el primer lugar de descanso de las tropas del Norte caminando al Occidente.

Puede por lo tanto decirse que el aspecto de la capital moldava se resiente de su importante situacion política, segun sus habitantes parecen vivir en perenne inquietud y vigilancia. La Moldavia sabe hace mucho tiempo que duerme sobre un volcan, pasando la vida á manera de un centinela... Su traje nacional, medio polaco, medio turco, recuerda al primer golpe de vista que si alguna vez se le ve dormir mecida por el dulce sueño del Oriente, su corazon despierto parece dispuesto siempre á entrar en campaña vestido con el uniforme militar de los mas intrépidos guerreros cristianos.

Las mujeres mismas de la Moldavia por la gracia de su rostro y la elegancia de sus maneras, se acercan tanto á la belleza polaca, como las de la Valaquia participan del encanto, del abandono y de la languidez de las deidades del Oriente.

Un riachuelo que separa á las dos poblaciones, moldava y valaca, basta sin embargo, y á pesar de tantas afinidades de sangre, de fortuna y de origen, para imprimir en el semblante de hijos de la misma madre ciertas semejanzas de lenguaje, de carácter, que desde



Orillas del Pruth.

luego llaman la atención de los extranjeros; pero debemos hacer constar que este contraste desaparece pronto, siendo tan rápida la unión entre valacos y moldavos como es de desear entre pueblos hermanos á la vista del peligro comun.

LA PANAGIA,

La punta mas elevada de los Carpathos moldavos.

Estos descendientes de los romanos, mezclados con las cruzadas cristianas y con tantos bárbaros convertidos, han dado á la montaña de que hablamos el nombre de Panagia, en memoria de la Virgen. Esta montaña, aunque se eleva á la altura de 2,400 metros, es de fácil subida, y desde ella se goza la agradable vista de un horizonte sembrado de rocas semejante á un mar agitando sus ondas.

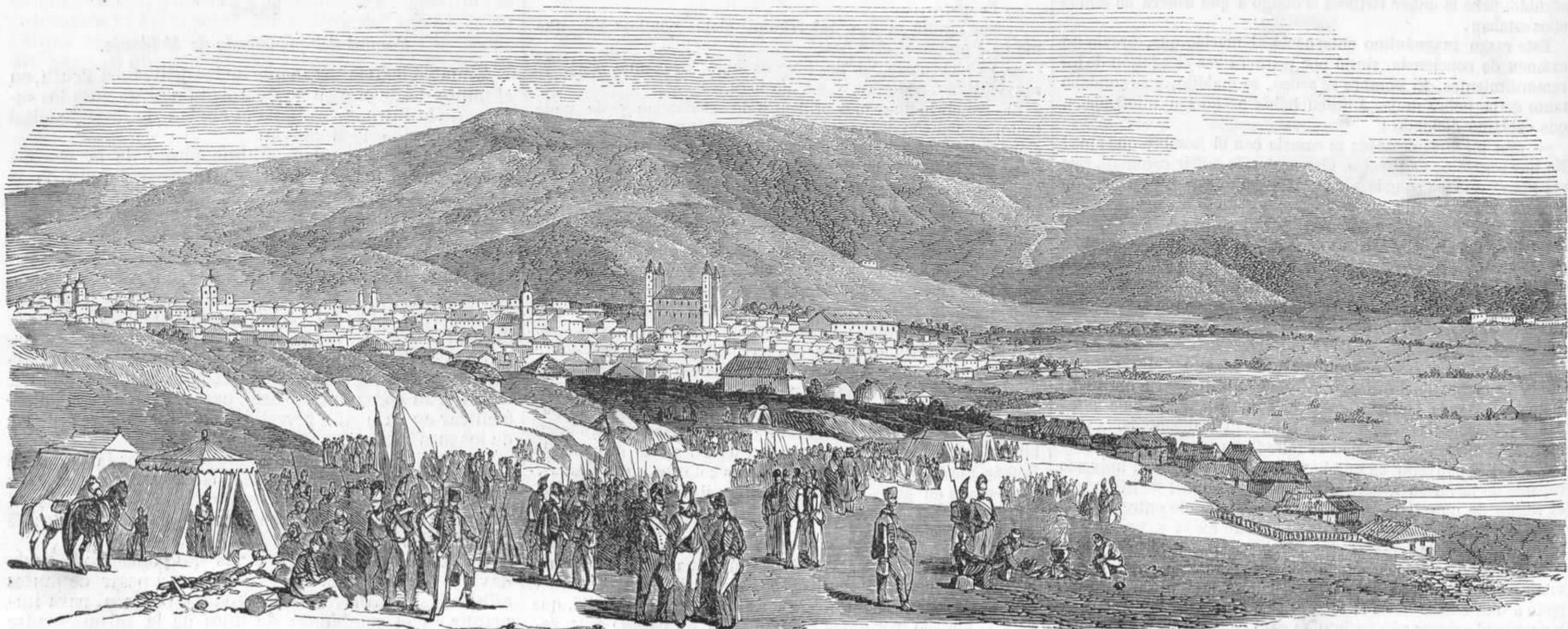
Como es sabido, las ideas supersticiosas no escasean en este país: « Las leyendas, dice M. Desprez hablando de la Moldo-Valaquia, son allí en general políticas ó religiosas, y en am-



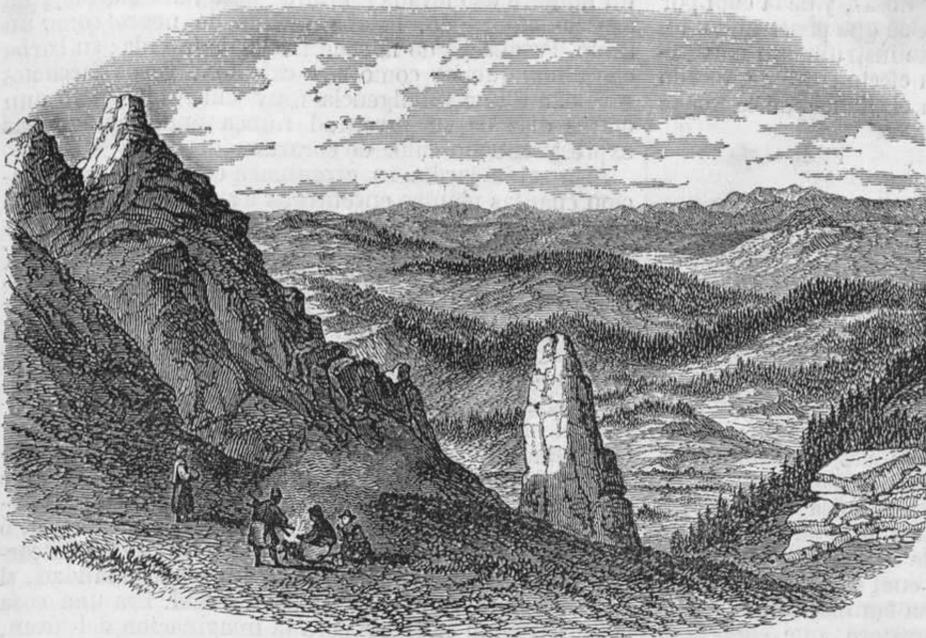
Gregorio Ghyka, hospodar de Moldavia.



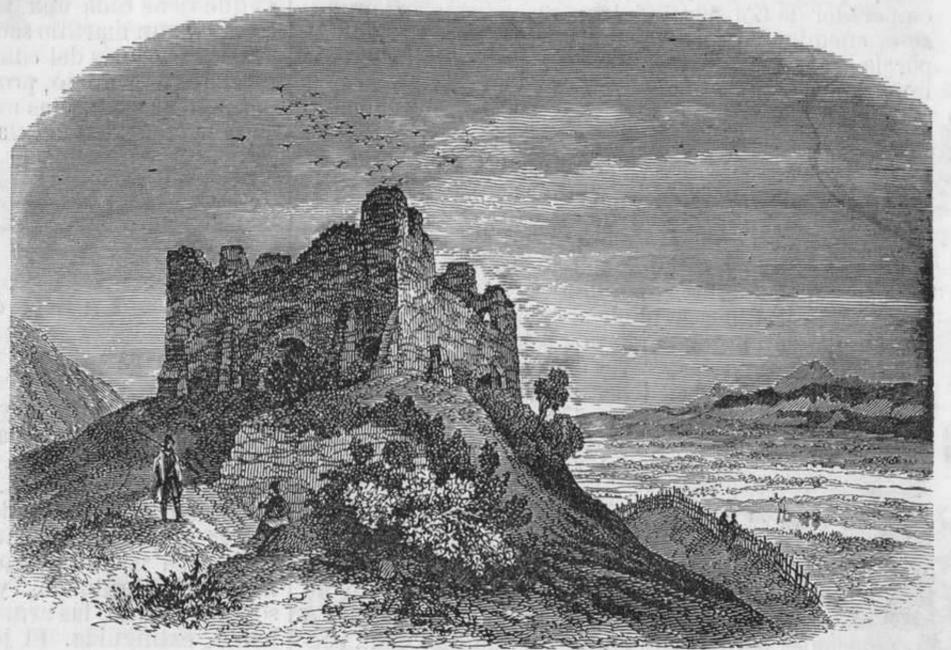
El principe Alejandro Ghyka, hospodar de la Valaquia.



La ciudad de Jassy, capital del principado de Moldavia.



La Panagia, punta mas elevada de los Carpathos moldavos.



Fortaleza de Niamzó.

bos casos' suelen mezclar en ellas los tiempos modernos á los antiguos, y los héroes de la edad media á los romanos. Hay sobre todo un personaje predilecto, que es Trajano, el vencedor de Decéballo. Los moldo-valacos encuentran el rastro de sus glorias no solo en los monumentos construidos por el célebre emperador que la península española dió á los romanos, sino hasta en las grandes manifestaciones de la naturaleza. Así, por ejemplo, llaman allí á la *vía láctea* el camino de Trajano. Si truena, se dice que Trajano reprende ó amenaza; en fin, todo lo que ofrece el aspecto de la majestad ó de la fuerza, es allí obra de Trajano, cuya sombra paternal no ha dejado de presidir á los destinos de la Rumania.»

Efectivamente, como á quinientos piés de la cima de la montaña, se destaca un gran pico de piedra recortada ó mas



Una soiré en casa del principe reinante á Jassy.

bien roida por los siglos, en la cual se quiere ver á Doka, es decir á una infiel amante de Trajano convertida en roca.

FORTALEZA DE NIAMZÓ.

Cuando aparecieron los turcos Seljudices, los mas valientes entre todos los bárbaros que habian invadido la Europa, la fortaleza de Niamzó, construida sobre una montaña casi inaccesible, vino á ser uno de los baluartes mas formidables que la cristiandad opuso á sus feroces enemigos. La historia refiere que Estéban el Grande, príncipe de la Moldavia, fué á buscar en dicha fortaleza un refugio despues de perder una batalla que habia presentado á Bajazet, y fué rechazado por su madre, que juró no abrir las puertas á su hijo, si no volvia vencedor de los turcos. Esta heroica conducta valió á los moldo-valacos la victoria de Niamzó, en la cual



Religioso moldavio.



Monasterio de Niamzó.



Religiosa moldavia.

10,000 soldados cristianos derrotaron á 70,000 infieles. Algunos años mas tarde una hábil política condujo al mismo príncipe á poner la Moldavia bajo la protección del emperador de Constantinopla, para resistir á sus numerosos enemigos, conducta que no tardó en ser imitada por la Valaquia. Este hecho histórico es de la mayor importancia, pues demuestra que los habitantes de aquellas ricas provincias no han sido nunca reducidos por la fuerza de las armas, y que la especie de dependencia de la Puerta Otomana en que viven, resulta de un pacto propuesto por ellos mismos.

El nombre *Niamz* es eslavo, y quiere decir *mudo*. Los rusos continúan dando este nombre á los pueblos germánicos sus vecinos, que hablando distinto idioma, son considerados por ellos como mudos, esto es, como privados de la facultad de hablar. «Esta extraña denominación, dice un autor moderno, está llamada á ejercer gran influencia en las graves cuestiones que mas tarde ó mas temprano deben tener lugar entre *slavos* y *alemanes*».

UN CONVENTO RUMUN.

Retiro para el religioso y fortaleza para el soldado, tal es un monasterio en la Moldo-Valaquia, situado en los Carpathos, desde donde domina muchos puntos inexpugnables. Así en esta prodigiosa tierra, el viajero no hace mas que pasar de las bellezas de la naturaleza á las emociones del pensamiento, del dominio de la poesía al de la historia; en fin, para referirnos al expresado monumento de la fe de la edad media á los tesoros acumulados por la creación.

Los dos principados, la Valaquia y la Moldavia, libres por la extremada fertilidad del suelo, y por su importancia territorial, abundan en monasterios.

La mayor parte de estos monumentos religiosos deben su origen á los grandes conventos del monte Athos, de la Romelia, del Santo Sepulcro de Jerusalem y de los Santos Lugares. Su fundación es debida casi siempre á los legados hechos en favor de los pobres por los viajeros y peregrinos. Se calcula que los monasterios y las inmensas posesiones que á ellos pertenecen, cubren hoy próximamente la quinta parte del territorio moldo-valaco. Hé aquí porque la Rusia trata de extender hasta estas provincias su protectorado, queriendo en virtud de las afinidades ortodoxas, administrar temporalmente las tierras mas productivas del principado.

Pero volvamos á los conventos, y seremos justos diciendo que en ellos es siempre recibido con agrado el viajero sean cualesquiera su patria y su religion. Allí puede permanecer bien obsequiado y sin dar un cuarto durante tres dias, al cabo de los cuales tiene obligación de continuar su camino. Los monasterios en la Moldo-Valaquia están escalonados de tal modo en ciertas direcciones, que á falta de posadas, puede un extranjero recorrer los principados sin haber conocido nunca mas abrigo que el techo hospitalario de los conventos. Los principales de estos son los de Kalderuchan, el de Tismana, el de Orezza, el de Niamzó, el de Cozia, el de Bistritza y el de Polowratch.

Una cosa muy singular se observa, y es que estos países son poco frecuentados á pesar de las comodidades que ofrecen para los viajeros y de las maravillas que contienen. Los mismos ingleses que todo lo recorren, hasta las comarcas mas recónditas de los antípodas, apenas se dejan ver en la Moldo-Valaquia. Algunos sin embargo suelen visitar el litoral de los principados del Danubio, quedando sorprendidos de ver en Europa lo que tal vez no han podido encontrar en mas apartadas regiones.

UN CONVENTO DE MONJAS.

También los conventos de monjas son numerosos en la Moldo-Valaquia, siendo digno de notarse que la nobleza del país las presta cada año un buen contingente. Verdad es que la corte de la Moldavia ha dado en estos últimos tiempos el ejemplo. La señora princesa de Briancovano, es decir, la mujer mas distinguida del país por su nacimiento, sus riquezas y su hermosura, ha sepultado todas estas ventajas en la pobre celda de un convento, y despues ha hecho tantas obras de caridad, ha dado tal realce á la vida monástica, que su ejemplo ha sido seguido por muchas de las jóvenes mas ricas y nobles del principado.

La impresión que en general causan estos establecimientos piadosos, es grande y profunda. «Nunca olvidaré, dice un viajero que atravesó los principados á su vuelta de Jerusalem, la emoción que experimenté cuando al cabo de muchos dias de camino, llegué á la una de la noche por sendas escabrosas al gran convento de Agapia en Moldavia. La superiora me invitó á la ceremonia religiosa que debía celebrarse á aquella hora, y yo fui á la iglesia escoltado por muchos caballeros que llevaban cirios encendidos. El canto tan puro de las religiosas, tantas voces angelicales triunfando á aquellas horas de la noche del sueño, el brillo de las luces, todo me produjo un efecto extraordinario, costándome trabajo persuadirme de que no me hallaba mecido por un sueño agradable».

Estas interesantes religiosas están sometidas á reglas bastante severas. Celebran diferentes oficios nocturnos á los cuales asisten puntualmente, teniendo muchas veces que despertarse para ello cuando apenas acaban de dormirse. Al salir de sus celdas llevan una vela encendida que conservan durante la divina ceremonia en la iglesia y que les sirve para alumbrarse cuando se retiran.

Para convocar las monjas á los oficios no se sirven de las campanas, sino de un instrumento que llaman *toca*, el cual consiste sencillamente en una barra metálica que tiene cada una de las religiosas, y de la cual por medio de un martillo sacan sonidos que penetran en todos los rincones del edificio. Este instrumento mas expresivo que ruidoso, produce un efecto sublime, tocado por aquellas delicadas manos en el silencio de la noche y en la oscuridad del claustro.

P. B.

La hija de Rapaccini.

CUENTO FANTÁSTICO DE NATHANIEL HAWTHORNE.

Mucho tiempo hace ya, que un jóven, llamado Giovanni Guasconti, originario de la parte mas meridional de Italia, llegó á Padua para continuar sus estudios en su célebre universidad. Giovanni no tenia mas que unos cuantos ducados de oro en su bolsa; por esta razón se alojó en un cuarto triste y alto de un edificio viejo, que no parecia indigno de haber sido el palacio de un señor paduano, y en el cual se veían colocadas sobre la puerta las armas de una familia, largo tiempo habia, extinguida. El jóven forastero, que conocia el gran poema italiano, recordó que Dante habia puesto, entre los que sufren una eterna agonía en su infierno, á un antepasado de esta familia, tal vez un habitante de aquella morada. Este recuerdo, unido á la propensión á la melancolía, tan natural en el jóven que sale por la vez primera de la esfera en que nació, arrancó un profundo suspiro á Giovanni, en el momento en que echó una ojeada al desolado apartamento.

— ¡Virgen santa! Señor, exclamó la vieja Lisabetta que hechizada de la singular belleza del jóven, se esforzaba por dar á este cuarto un aire mas habitable, ¿qué significa tal suspiro en un corazón tierno? ¿Le parece á Vd. demasiado sombrío este antiguo palacio? En ese caso, por el amor de Dios, asómese Vd. á la ventana, y verá Vd. un sol tan hermoso como el que ha dejado Vd. en Nápoles.

Guasconti siguió maquinalmente el consejo de la anciana señora; pero el sol de Lombardía no le pareció tan alegre como el de la Italia meridional. Tal como era, sin embargo iluminaba un jardín situado al pie de la ventana, y esparcía su vivificante influencia sobre una grande variedad de plantas, cultivadas al parecer con excesivo cuidado.

— ¿Pertenece á la casa ese jardín? preguntó Giovanni.

— ¡Dios nos libre, señor!... mientras no produzca otras plantas que las que crecen en él actualmente, respondió Lisabetta. No, ese jardín se cultiva bajo la dirección del señor Giacomo Rapaccini, ese famoso médico, cuya reputación, estoy segura que ha llegado hasta Nápoles. Dicen que extrae de esas plantas remedios tan poderosos como los hechizos. Vd. verá con frecuencia al médico, y quizá á su señora hija, ocupados en coger las flores extrañas que nacen en ese jardín.

Despues de haber intentado por cuantos medios estuvieron á su alcance el hacer mas alegre aquel cuarto, la vieja señora se retiró, encomendando al jóven á la protección de los santos.

Por lo que hace á Giovanni, este no encontró cosa mejor que ponerse á mirar al jardín. Su aspecto le parecia el de uno de esos jardines botánicos, que se habían visto en Padua antes que en el resto de Italia y del mundo. Tal vez habia sido también el jardín de recreo de una familia opulenta, porque en el centro se veían las ruinas de una fuente de mármol maravillosamente esculpida, pero tan lastimosamente destrozada, que era imposible descubrir el dibujo original en el caos de aquellos esparcidos fragmentos. El agua no obstante continuaba saliendo y brillando al sol tan alegremente como siempre. Un dulce murmullo subía á la ventana del jóven, y le inspiraba este pensamiento, que una fuente es un espíritu inmortal, que canta incesantemente su cántico celestial, indiferente á las vicisitudes de cuanto la rodea, poco le importa que un siglo le haga un cuerpo de mármol, y que otro eche por tierra este objeto perecedero. En torno de la copa que recogía las aguas, crecían diversas plantas que reclamaban abundante humedad para sus hojas gigantescas y sus flores de admirable magnificencia. Habia especialmente en un vaso de mármol, colocado en el centro del estanque, un arbolito sobrecargado con una multitud de flores purpúreas, cada una de las cuales tenia el esplendor y la belleza de una piedra preciosa, presentando un golpe de vista tan brillante, que aun cuando no hacia sol, esto parecia suficiente para iluminar el jardín. El suelo estaba por partes poblado de yerbas y plantas, que por ser ménos bellas, no dejaban de revelar el cuidado que se las prestaba, como si cada una de ellas tuviera sus virtudes individuales, bien conocidas por el sabio que las cultivaba. Estas estaban colocadas en urnas antiguas, ricamente esculpidas, aquellas en tiestos ordinarios: otras se extendían por la tierra como si fueran serpientes, ó trepaban á mucha altura, sirviéndose de cuantos medios estaban á su alcance. Una de estas plantas se habia enroscado al rededor de una estatua de Vertumnio, envuelta de ese modo en una gasa de follaje, tan felizmente dispuesta, que hubiera podido servir como asunto de estudio á un escultor.

Estando Giovanni en la ventana, oyó un rumor de-

trás de un muro de verdura, y comprendió por él que alguno estaba ocupado en el jardín. El trabajador tardó muy poco en aparecer. No era un jardinero comun, sino un hombre de elevada estatura, flaco, descolorido y de aspecto enfermizo. Estaba vestido de negro como un sabio. Pasaba ya de la edad media de la vida; su barba clara blanqueaba como sus cabellos, y sus facciones revelaban una inteligencia muy cultivada, pero aun en los dias de su juventud nunca pudieron aquellas expresar mucho calor de corazón.

Este sabio jardinero examinaba con la mayor atención cuantas plantas encontraba á su paso; parecia que sus miradas penetraban en lo mas íntimo de su naturaleza, que observaba la manera como se formaban, y que descubria porqué una hoja crecía bajo tal forma, y otra bajo una diferente; porqué esta flor se diferenciaba de su vecina en el color y el perfume. Y sin embargo, á pesar de la profunda ciencia del jardinero, no habia la mas pequeña intimidación entre él y aquellos seres del reino vegetal. Por el contrario, evitaba el tocarlas sin cuerpo intermediario, y el aspirar su aroma, con tal precaución, que impresionó muy desagradablemente á Giovanni, porque la conducta de aquel hombre era la del que cruza por en medio de influencias malignas, tales como las de fieras salvajes, ó serpientes venenosas, ó espíritus infernales, que descargarian sobre él el azote de alguna terrible fatalidad, si les concediera un momento de libertad. Era una cosa singularmente horrible para la imaginación del jóven, el ver semejante aire de inquietud en una persona que cultivaba un jardín, el mas simple y mas inocente trabajo del hombre, encanto y ocupación de nuestros primeros padres antes de su caída. ¿Era aquel jardín el eden del mundo actual? ¿y aquel hombre que veía el mal en lo que sus propias manos habían plantado, era el Adam de él?

En tanto que el desconfiado jardinero arrancaba las hojas muertas, ó cortaba los retoños, producidos por una savia excesiva, sus manos estaban cubiertas con guantes fuertes. Y no era esta la única arma defensiva. Cuando llegó á donde estaba la magnífica planta que embellecía con sus encendidas flores la fuente de mármol, se tapó con una especie de careta la boca y narices, como si toda aquella belleza encerrara solo una malignidad mucho mas mortífera. Y juzgando todavía que su ocupación era demasiado peligrosa, retrocedió algunos pasos, se quitó la máscara, y con una voz alta, pero débil como la de un tísico, gritó:

— ¡Beatriz!... ¡Beatriz!

— ¡Aquí estoy, padre mio! ¿qué quiere Vd.? respondió una voz fresca y argentina que salía de una ventana de enfrente. Aquella voz, bella como un ocaso de sol en los trópicos, hizo brotar en el pensamiento de Giovanni, sin que supiera porqué, matices de púrpura y carmesí oscuro, y perfumes agradables y pesados. ¿Está Vd. en el jardín? añadió ella.

— Sí, Beatriz, contestó el jardinero, y te necesito.

En seguida salió de un soportal esculpido una jóven vestida con tanta riqueza, como la mas espléndida de las flores, hermosa como la luz, con unos colores tan brillantes y vivos, que una ligera tinta de mas, seria demasiado. La vida, la fuerza, la salud superabundaban en ella; y la exuberancia de todos estos dones estaba, por decirlo así, comprimida y sujeta por su cintura virginal. Indudablemente la imaginación de Giovanni se habia alimentado con ideas mórbidas, mientras que miraba al jardín, porque la impresión que le causó la hermosa desconocida fué la misma que experimentó al aspecto de aquellas flores vegetales, tan bella, — mas bella todavía que la mas magnífica de ellas, pero la cual no puede tocarse sin guantes, ni acercarse á ella sino con careta. — Cruzando los senderos del jardín, Beatriz tocaba las plantas y aspiraba el olor de las flores que trataba su padre con tanta precaución.

— Ven, Beatriz, dijo este último, ve lo que hay que hacer en nuestro precioso tesoro. Pero debilitado como estoy, seria peligroso que me acercara tanto como lo exigen las circunstancias. En lo sucesivo me temo que tú sola tendrás á tu cargo el cuidado de esta planta.

— Y con mucho gusto me encargaré de ella, respondió la vibrante voz de la jóven, que se inclinó hácia la magnífica planta, abriendo los brazos como en ademán de abrazarla. ¡Sí, hermana mia, mi gloria, Beatriz te cuidará, te servirá, y tú en recompensa le darás tu aliento perfumado, que es para ella como el soplo de la vida!

Y dando á sus maneras toda la ternura que respiraban sus palabras, prestó á la planta el cuidado que esta parecia exigir. Giovanni, entre tanto, se restregaba los ojos en la ventana, y dudaba si veía á una niña ocupada con su flor favorita, ó á una hermana cumpliendo para con su hermana los deberes que inspira el cariño. La escena no fué larga. Bien porque el médico Rapaccini hubiese concluido sus labores de jardinero, bien porque su mirada vigilante hubiese descubierto la figura del extranjero, tomó el brazo de su hija y se retiró. La noche llegaba ya; exhalaciones sofocantes parecia que se elevaban de aquellas plantas, y que pasaban por delante de la ventana abierta; así pues, Giovanni la cerró, se metió en la cama y soñó con una soberbia flor y una preciosa criatura. La flor y la niña eran dos, y sin embargo no formaban mas que uno, y bajo estas dos formas diferentes, este ser uno y doble estaba rodeado de un singular peligro.

Pero la luz de la mañana tiene una influencia que tiende á rectificar todos los errores de la imaginación, y aun los de entendimiento, que hemos podido formar al ponerse el sol, durante las sombras de la noche, ó á la

claridad menos saludable de la luna. Al despertar, el primer movimiento de Giovanni fué abrir la ventana y mirar al jardín, tan fecundo en misterios por la gracia de sus sueños. Avergonzado y confuso se quedó al ver cuán natural y sencillamente estaba todo con los primeros rayos del sol, que doraban las gotas de rocío encerradas en las hojas y las flores, y que, dando una belleza mas realzada á cada flor rara, restituían todos los objetos á los límites de lo natural. El jóven se alegró de tener, en el corazon de la estéril ciudad, el privilegio de pasear sus miradas por aquel oasis de amable verdura y lozana vejefacion. Será para mí, se decía él, como un lenguaje simbólico, que me mantendrá en comunicacion con la naturaleza. Es verdad que en aquel momento no se veía ni al enfermizo y receloso médico Rapaccini, ni á su brillante hija, de modo, que Giovanni no pudo calcular la parte de singularidad que les pertenecía realmente en la que él les había atribuido, y la que correspondía á su preocupada fantasía. Pero se sentía inclinado á verlo todo bajo un aspecto mas razonable.

En el curso del dia, fué á presentar sus respetos al señor Pedro Baglioni, profesor de medicina en la universidad, sabio de una eminente reputacion, para el cual traía una carta de recomendacion. Este profesor era hombre llano, de buen carácter y de costumbres que podrian calificarse de joviales; retuvo á comer al recomendado, y le agradó por la alegría familiar de su conversacion, sobre todo, despues que se animó con una ó dos botellas de vino de Toscana. Giovanni, pensando que dos sabios, habitantes de la misma ciudad, debían tratarse familiarmente, buscó ocasion para hablar del médico Rapaccini. Pero el profesor no le contestó con tanta cordialidad como él se había prometido.

—No convendría á un maestro del divino arte de la medicina, dijo Pedro Baglioni, el rehusar á un médico tan eminentemente hábil como Rapaccini los elogios que justamente merece. Pero por otra parte, no obraría con arreglo á mi conciencia, si permitiera que un digno jóven como Vd., hijo de un antiguo amigo, formara una idea falsa de quien puede llegar á tener entre sus manos su vida de Vd. y su muerte. La verdad es que el médico Rapaccini es, tal vez con una sola excepcion, tan sabio como cualquiera de los miembros de la facultad de Padua, y de toda la Italia. Pero existen graves acusaciones contra él.

—¿Y cuáles?

—¿Mi amigo Giovanni padece alguna enfermedad de cuerpo ó alma, que le obligue á ser tan curioso de lo que concierne á los médicos? preguntó el profesor sonriéndose. Con respecto á Rapaccini, se dice, (y yo que lo conozco, bien puedo afirmar la verdad de la cosa) que se ocupa mas de la ciencia que de la humanidad. Sus enfermos no le interesan sino como objetos de nuevas experiencias. Con gusto sacrificaría la vida de un hombre, la suya propia, la de la persona mas querida, para añadir un granito al monton ya tan crecido de su saber.

—Me se figura, con efecto, un hombre terrible, dijo Guasconti, recordando la fisonomía fria é inteligente de Rapaccini. ¿Y sin embargo, digno profesor, no es una capacidad? ¿Hay muchos hombres dotados con semejante amor á la ciencia?

—¡Dios nos libre! exclamó el profesor con un poco de enojo, á menos que no tengan ideas mas sanas en materia de medicina que las de Rapaccini. En su opinion, todas las virtudes medicinales están encerradas en las sustancias que llamamos venenos vegetales. El los cultiva con sus propias manos, y aun corre el rumor de que ha inventado nuevas variedades de venenos mas horriblemente deletéreos que los que ha criado de la naturaleza para castigo del mundo, hasta que él le ha prestado su concurso. No se puede negar que el señor médico hace menos mal del que pudiera aguardarse de tan peligrosas sustancias. Es menester declarar que de vez en cuando ha operado, ó parecido operar una cura maravillosa. Pero diciendo lo que siento, señor Giovanni, no se le debe alabar mucho por estos triunfos, hijos quizá del acaso, al paso que se deben tener muy en cuenta todas sus operaciones desgraciadas, que se pueden atribuir justamente á la temeridad de sus intentos.

El jóven no hubiera aceptado sin precaucion el parecer del profesor Baglioni, si hubiera sabido que hacia mucho tiempo que andaban discordes ambos médicos, y que Rapaccini era reputado por la generalidad como el vencedor. Al que quiera juzgar por sí mismo, le recomendamos ciertos opúsculos impresos en gótico, que se conservan en la universidad de Padua.

—Doctísimo señor, repuso Giovanni, despues de meditar sobre lo que acababa de oír acerca del celo exquisito de Rapaccini por la ciencia, yo no sé hasta que punto ama este médico su arte; pero existe un objeto que le es seguramente mas querido; Rapaccini tiene una hija.

—¡Ah! ¡ah! respondió el profesor soltando una carcajada. Ya está descubierta el secreto de nuestro amigo Giovanni. Vd. ha oído hablar de esa niña, que tiene perdidos de amor á todos los jóvenes de Padua, aunque no lleguen á media docena los que hayan tenido el gusto de verla la cara. Yo no sé nada de la señorita Beatriz, sino que Rapaccini la ha instruido en su ciencia, y que, jóven y bella como la hace la fama, está ya en estado de poder desempeñar una cátedra. ¡Si le destinará su padre la mía! Rumores mas absurdos corren todavía, que no merecen ser referidos ni escuchados. Así pues, Giovanni, desocupe Vd. su vaso de lágrima.

Guasconti se dirigió á su casa, un poco caliente con el vino que había bebido, y que hacia girar su cabeza

las extrañas figuras de Rapaccini y la hermosa Beatriz. En el camino encontró á una ramillettera, á la cual le compró un ramo de flores frescas y olorosas.

Entró en su cuarto, sentóse junto á la ventana, á la sombra proyectada por el espeso muro, de manera que podía mirar al jardín sin correr el riesgo de ser descubierto. Bajo sus ojos soledad completa. Las plantas raras se calentaban al sol, haciéndose algunas veces misteriosos signos de parentesco y simpatía. En medio, cerca de la ruinas de la fuente, se veía el magnífico arbolito, esmaltado con sus racimos rubicundos, que centelleaban en el aire y se reflejaban en las aguas del estanque, iluminado completamente con su radiante esplendor.

Al principio, como acabamos de decirlo, el jardín estaba desierto. Pero muy pronto, como Giovanni lo había esperado ó temido, apareció bajo la portada de antiguas esculturas, la figura de la hermosa criatura, que bajó sus escalones, y se puso á pasear en medio de las filas de plantas raras, aspirando sus diversos perfumes, semejante á uno de esos seres de que nos habla la fábula, como alimentados por olores suaves. Al volver á ver á Beatriz, el jóven se estremeció reconociendo que su belleza sobrepasaba al recuerdo que había conservado de ella; era una belleza tan viva, tan brillante, que aun al sol lanzaba rayos, é iluminaba los puntos mas sombríos del jardín; así al menos la veía Giovanni, distinguía su fisonomía mejor que la vispera, y le sorprendía su aire natural y dulce; porque estas cualidades no habían entrado en el retrato que había concebido de su carácter. Por esta razon volvió á preguntarse qué especie de criatura era aquella. No dejó tampoco de descubrir ó imaginar cierta analogía entre la bella niña y el magnífico arbolito que dejaba caer sus racimos de rubies sobre la fuente; y el capricho de Beatriz parecía que había querido aumentar la semejanza por medio de los colores y la disposicion de sus vestidos.

Al acercarse al arbolito abrió los brazos, como con un ardor apasionado, y atrajo sus ramas con un abrazo tan íntimo, que su rostro quedó oculto entre el follaje, y los bucles de su cabellera se confundieron con las flores.

—¡Dame tu aliento, hermana mia! exclamó Beatriz, porque el aire comun me deja sin fuerzas. Dame tambien esta flor que corto con mano amiga para colocarla sobre mi corazon.

Mientras decía estas palabras, la hija de Rapaccini cogió una de las flores mas brillantes del arbolito, y fué á adornar con ella su pecho. Pero en aquel momento, si no se quiere creer en la turbacion que las excesivas libaciones produjeron en los sentidos de Giovanni, sucedió una cosa singular. Un reptil pequeño, de color de naranja, de la familia del lagarto ó el camaleon, llegó, arrastrándose por el sendero, á los pies de Beatriz. Creyó Giovanni, —pero á la distancia de donde miraba, le era muy difícil percibir un detalle tan minucioso,—le pareció que una gota de jugo caía del tallo cortado de la flor á la cabeza del lagarto. Retorciose convulsivamente el reptil un instante, y quedó muerto y tendido al sol. Beatriz observó este fenómeno, y se santiguó tristemente, pero sin sorpresa. Esto no la impidió el colocar la flor en su seno. Allí resplandeció tan deslumbradora como una piedra preciosa, añadiendo al aspecto y al traje de Beatriz un encanto tan propio de su carácter, que nada del mundo hubiera sido capaz de reemplazar aquella flor.

Giovanni salió de la sombra de la pared, y volvió á retirarse trémulo, y murmurando:

—¿Estoy despierto? ¿poseo el uso de mis sentidos? Esa criatura... se la debe llamar inefablemente bella... ó terrible en grado infinito?

Beatriz se paseó indiferentemente por el jardín, y se acercó tanto á la ventana de Giovanni, que se vió este obligado á sacar la cabeza para satisfacer la intensa y penosa curiosidad que le movía. A la sazón vino revoloteando por encima de la tapia del jardín una magnífica mariposa; tal vez había errado por la ciudad sin encontrar ni flores ni verdura en medio de aquellas antiguas moradas de los hombres, hasta que los fuertes perfumes del médico Rapaccini la atrajeron de lejos. Esta alada criatura no se paró en ninguna flor, pero atraída por la belleza de Beatriz, se puso á dar vueltas al rededor de su cabeza. Esta vez era imposible que se engañaran los ojos de Guasconti. ¡Júzguese como se quiera, él creyó ver que, mientras miraba Beatriz al insecto con infantil alegría, este perdía sus fuerzas y caía á sus pies! Sus alas brillantes se agitaron como estremecidas, ¡estaba muerto! muerto sin mas causa aparente que el aliento de Beatriz, que se santiguó de nuevo, y lanzó un profundo suspiro, inclinándose hacia el insecto privado de la vida.

Un movimiento involuntario de Giovanni llamó la atencion de Beatriz. Ella vió en la ventana la hermosa cabeza del jóven,—cabeza mas bien griega que italiana,—con las facciones de una belleza regular, con un reflejo de oro en los bucles de su cabellera. Allí estaba él contemplándola, semejante á un sér que se cierne en los aires. Casi sin saber lo que hacia, arrojó Giovanni el ramillete que tenia en la mano.

—Señora, dijo, ahí van esas flores puras y sanas. Llévadas por el amor de Giovanni Guasconti.

—Gracias, señor, contestó Beatriz con una voz que salió como una ola de armonía, y con una expresion en que iba mezclada la alegría de la niña y el placer de la mujer.

—Acepto vuestro presente, y os daría en cambio con mucho gusto esta preciosa flor de púrpura; pero por mas veces que la tirara al aire, nunca lograría hacerla

llegar hasta vos. Es preciso, pues, señor Guasconti, que os contenteis con mi agradecimiento.

Recogió ella el ramillete, y en seguida como avergonzada de haber salido de su reserva virginal, respondiendo á la galantería de un desconocido, se dirigió presurosa hacia su casa. Pero por rápido que fuese su pasaje, le pareció á Giovanni, cuando estuvo ella á punto de desaparecer bajo la portada esculpida, que su precioso ramillete comenzaba á marchitarse en la mano de Beatriz. Era sin duda un pensamiento loco, porque, ¿cómo distinguir á tal distancia si una flor está fresca ó marchita?

(Se continuará.)

Porta-amarra de salvamento.

De un documento oficial del almirantazgo inglés, publicado en el *Monitor Universal* del 23 de mayo, resulta que el número de los naufragios de los buques mercantes ingleses ha ascendido al enorme total de 742 durante el año de 1852. Este hecho, doloroso para la humanidad, debe dar un interés particular á las nuevas experiencias hechas en Vincennes.

Durante una visita hecha algunos dias ha por S. A. R. el duque de Génova á la escuadra de tiro de Vincennes, llamaron la atencion del príncipe y de los numerosos asistentes una explosion y el paso por el aire de un cordaje á través del polígono. Se estaban haciendo experiencias sobre algunos perfeccionamientos introducidos por M. Delvigne en su porta-amarra de salvamento, cuyas ventajas acababan de ser recordadas por científicos y dolorosas desgracias marítimas. Al punto fué un oficial de estado mayor á invitar al inventor á que suspendiera sus experiencias y aguardara la llegada del príncipe, que deseaba presenciarlas, y que en efecto acudió un momento despues. Se trataba á consecuencia de la peticion de varios puertos de comercio, de buscar el medio de lanzar el porta-amarra á la distancia de 500 ó de 600 metros.

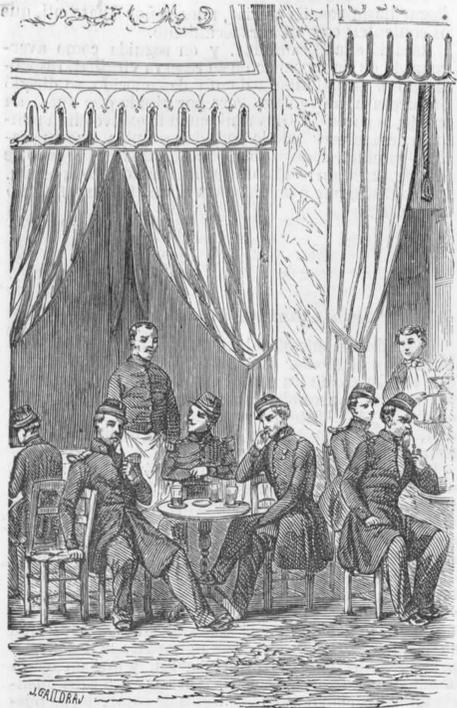
Semejante alcance no podia obtenerse sino por un proyectil de gran calibre, y el ministro de la guerra se había dignado mandar poner á disposicion de M. Delvigne una pieza de artillería rayada de 30. La cuestion estaba en saber si un cilindron hueco de madera, como de un metro de largo, que encerrase 500 metros de línea y pesase 13 kilogramos, podría, sin despedazarse, ser lanzado por aquella pieza, y recibir el movimiento de rotacion necesaria para hacerle marchar como una flecha con la punta hacia adelante. Un primer disparo de prueba ha hecho ver que se había comunicado realmente el movimiento de rotacion, y por consiguiente da lugar á esperar que el problema quedará en breve resuelto completamente.

Un pequeño porta-amarra, del peso de un kilogramo y medio, ha sido lanzado en presencia del príncipe á la distancia de 160 metros por un pequeño obús muy portátil, del calibre de á cuatro, y que no pesaba mas que doce kilogramos con su cureña.

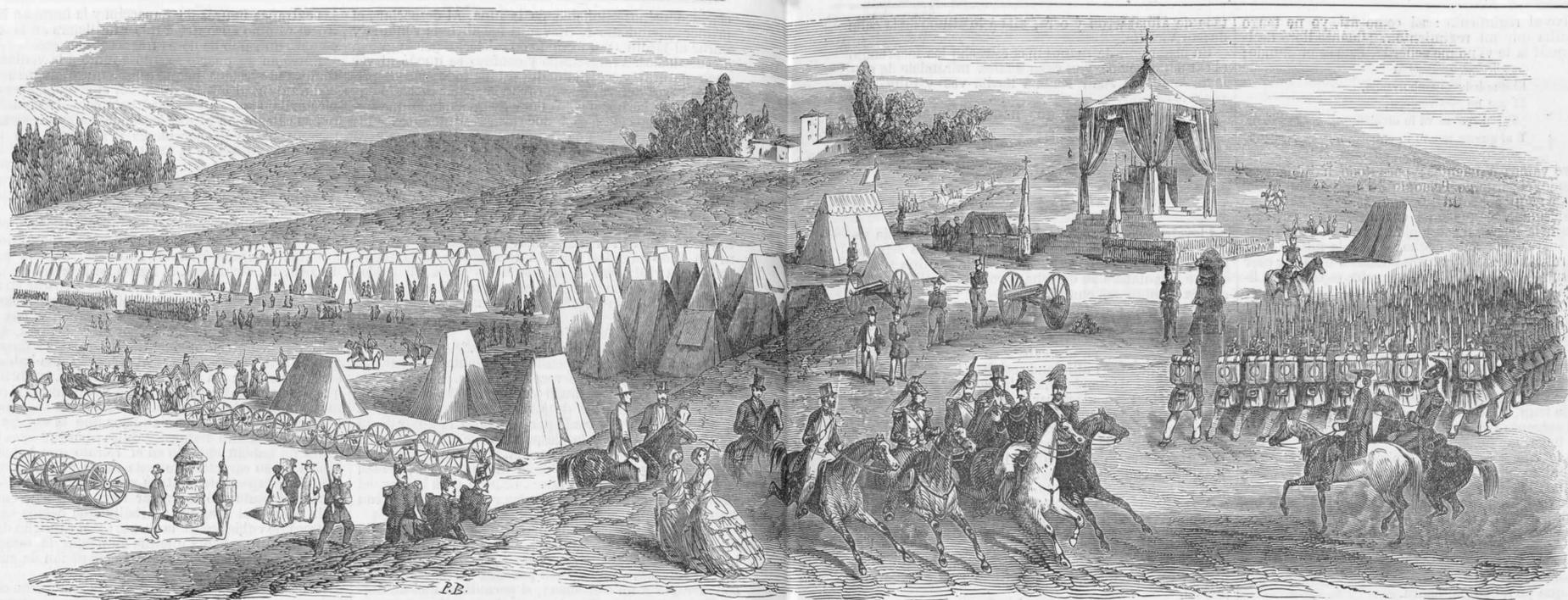
S. A. R. ha examinado con interés los diversos perfeccionamientos que han permitido obtener de una arma tan ligera un alcance relativamente tan grande. Cuando uno piensa en el número de buques que naufragan y de hombres que perecen á menos de 150 metros de la orilla, se puede figurar los servicios que haría un aparato que, por su sencillez, la suma facilidad de su transporte y lo módico de su precio, podrá propagarse sin dificultad por la inmensa extension de las costas del mar, tan desprovistas de medios de salvamento, y aun mejor á bordo de los buques.

Es verdaderamente deplorable que en estos tiempos de progreso de toda especie, se haya descuidado tanto ese medio de emplear la pólvora y las bocas de fuego en salvar la vida de los hombres, cuando tan grandes esfuerzos y sacrificios se hacen diariamente para hacerlas servir á su destruccion.

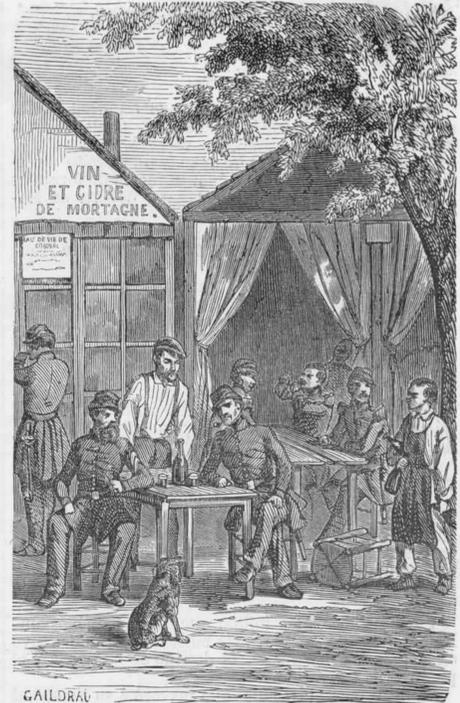
La imprenta imperial de estado en Viena se halla desde algun tiempo muy frecuentada por el público elegante, á fin de contemplar las maravillas de una invencion, que ha recibido el nombre romántico de « impresion natural. » Por deseos de los inventores, el consejero Aner y el factor Worring, y con consentimiento del Emperador, ha sido permitido hacer un uso libre y gratuito de esta invencion, y abierta al público la imprenta del Estado. El procedimiento es el siguiente: se coloca el original, sea planta, insecto, tela ó tejido entre una plancha de acero y otra de plomo, haciendo pasar á estas por entre dos cilindros muy estrechamente unidos. A consecuencia de esta presión deja el original su imagen con todas sus mas pequeñas minuciosidades sobre la plancha de plomo. Si ahora se da á esta plancha impresa los colores como en un grabado de cobre, entónces se obtiene por medio de la repetida impresion de la plancha el ejemplar completo del objeto con sus diferentes colores. En vista de que la plancha de plomo no permite, á causa de su blandura, una gran multiplicacion de sus impresos, se la estereotipa y galvaniza, y hace en seguida las impresiones con la plancha estereotípica y galvanizada. En un objeto que no resiste la presión se unta el original en gutaperca disuelta, se le envuelve en una solucion de plata, y se aprovecha despues el molde sacado de gutaperca como matriz de la multiplicacion galvánica.



Oficiales en la cantina.



El campamento de Sathonay.

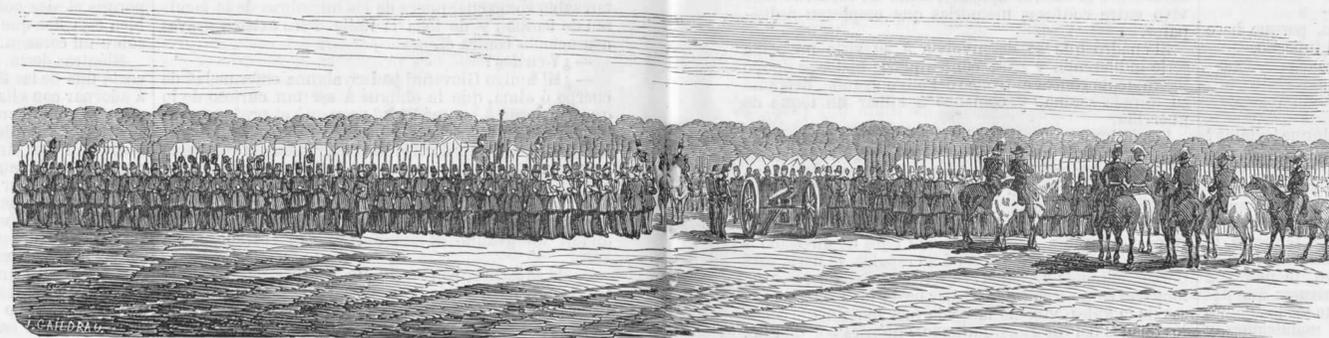


Soldados en la cantina.

Guerra y marina.

Para volver á hallar la imágen de la actividad militar que ha desplegado la Francia de algunos meses á esta parte, sería menester retroceder hasta el primer imperio francés. Apenas ha concluido el ministro de la guerra la visita que ha hecho á las plazas fuertes y las guarniciones, se ha puesto en campaña el de marina para ver con sus propios ojos el estado de las fuerzas navales en sus puertos y arsenales. Por otra parte, los campos de maniobras de Satory, Elfaut y Sathonay, reciben sucesivamente todos los cuerpos que se hallan en la circunferencia de estos tres centros, para instruirlos y darles los hábitos marciales. ¿Qué es lo que sucede? Los fondos públicos no se resenten y revelan á la Rusia, que es la causa de este aparato militar, el secreto de la fuerza que pesa hoy sobre la voluntad de los gobiernos. Parece que anuncian que ha llegado el momento favorable de poner en planta proyectos mas que

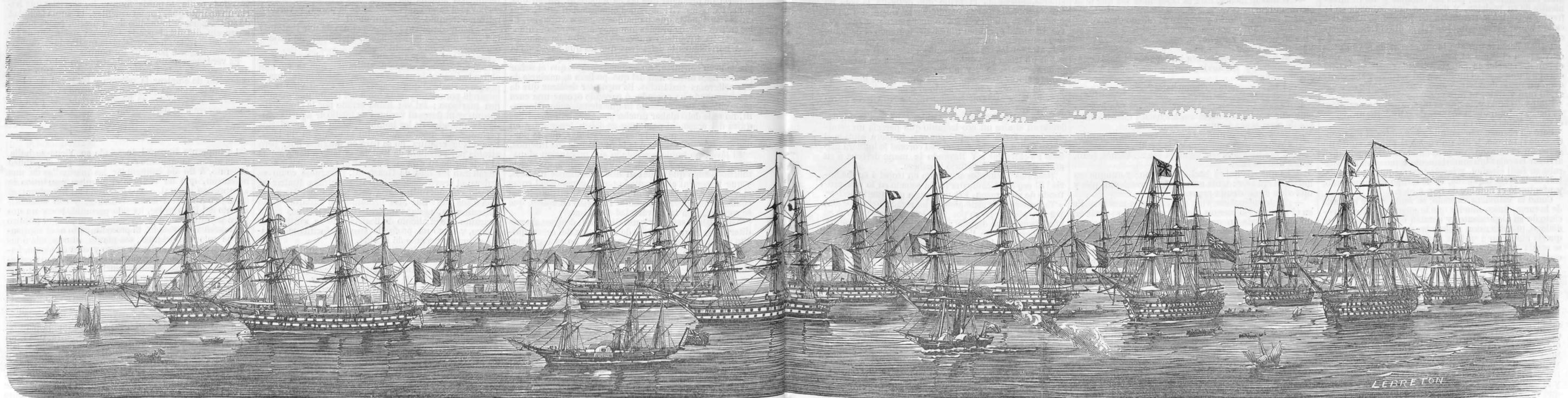
seculares, y cuya ejecución se oculta, á lo que se cree, bajo profecías populares y aspiraciones religiosas. La especulación afecta ser hábil y previsora, á pesar de las sorpresas que han venido á veces á defraudar sus esperanzas. Ella se irrita contra los diarios que no consienten en admitir una solución que ofenda la dignidad de alguna de sus partes; ella se ocupa tan solo de intereses inmediatos, y hace poco caso de los permanentes que puede poner en peligro un desenlace impolítico. Además, añaden los bolsistas, to-



Maniobra de un batallón escuadro descubriendo su batería.

do lo que se ve no encierra siquiera una amenaza, por que lo que se oye destruye el efecto, y el ministerio de la guerra tendría una acción mas significativa, si en lugar de limitarse á pasar lista á los soldados que tienen las armas en la mano, llamara á las filas los contingentes de dos años que están en sus casas. Lo propio que en Francia sucede en Inglaterra, donde el espíritu público y nacional tiene por lo comun miras mas extensas. Las dos elecciones que se acaban de verificar en la ciudad radical, industrial y

libre-cambista de Liverpool, demuestran la reacción producida por el miedo de un trastorno momentáneo, que oscurece la vista del interés lejano. Apreciando nosotros mucho estos obstáculos que se oponen á las resoluciones de los gobiernos, estas resistencias cuyos motivos dirimientes no nacen en las fuentes puras del patriotismo, hemos creído constantemente en la paz... paz á toda costa. Y sin embargo, cuando se ven en la bahía de Besika estas dos escuadras que componen la flota mas hermosa que se ha podido ver reunida muchos tiempos hace, — cinco buques de tres puentes y doce vapores, sin contar lo demás, — ¿está uno tentado á preguntar si no ha de servir este espectáculo mas que de pasto para los grabados de un periódico? « En otro número publicaremos una vista de la flota turca á la entrada del mar Negro; otro grabado. Igualmente aguardamos dibujos que nos ofrecen de la Moldavia. »



Reunion de las flotas rusa e inglesa en la bahía de Besika.

LEBRETON

La vuelta de Juan Perez.

I.

LA LICENCIA.

Todo el mundo sabe que un abrazo fraternal dió fin á la guerra civil en setiembre de 1839, dando á la vez nombre y fama á los campos de Vergara.

El duque de la Victoria mandando un ejército aguerrido, victorioso y constitucional á fuerza de torrentes de sangre, se presentó poco despues delante de Morella.

Allí estaba Cabrera, que no teniendo por conveniente fraternizar, tomó las de *Villa-Diego*, atravesó la frontera, y se refugió en Francia.

El ejército de la reina fué demasiado generoso con el guerrillero del Maestrazgo, ó el general carlista se burló por última vez de los soldados victoriosos de la Constitución. De cualquier modo que fuese, este suceso dió al general Espartero el nuevo título de duque de la Victoria y de Morella.

Poco despues, es decir, en setiembre de 1840, se verificó aquella gran parada, aquella evolucion militar, que se llamó pronunciamiento, y que dió por resultados inmediatos un destierro y una regencia.

La guerra estaba concluida, y el general en jefe era regente del reino.

La ambicion del general comenzaba á estar satisfecha. Ídolo del ejército, adorado por la milicia nacional, envidiado y temido de los ambiciosos y de los intrigantes, respetado y querido de la muchedumbre, se declaraba regente del reino, y se hacia llamar Alteza en nombre de su popularidad, de su fortuna y de su gloria.

Y este hombre, mas militar que político, ménos ambicioso que afortunado, mas bueno que grande, tuvo en su mano, como nadie, el destino de su patria y el porvenir de su partido.

La historia es el tribunal que juzgará á su tiempo al general Espartero; él lo pudo todo, y la historia que lo absolverá de lo que hizo, no podrá perdonarle lo que dejó de hacer.

Asegurada la paz se empezaron á licenciar las tropas cumplidas, y los soldados de Bilbao, de Barbastro, de Pardillas, de Hernani y de Cantavieja volvieron á sus hogares nativos, donde habian perdido ya la esperanza de volverlos á ver.

Y aquí empieza esta verdadera historia.

Juan Perez habia hecho la campaña en Navarra, y despues de siete años de hambre, de sed, de desnudez y de frio, con algunas heridas por añadidura, recibió su licencia absoluta en Valencia. Habia servido de simple soldado. Era en octubre de 1840.

Cuando Juan Perez se vió en libertad de dirigir sus pasos á donde mas tuviera por conveniente, no pudo ménos de reflexionar seriamente acerca del partido que debia tomar; y el asunto era grave, porque su vida de campaña y sus costumbres militares le habian hecho olvidar la pacífica quietud de su aldea, y los años de su infancia; y su madre, única familia que habia conocido en el mundo, murió dos años despues de haber partido él para la guerra. ¿A qué volver á un sitio donde no encontraría á su madre, donde no podria vivir? porque Juan Perez era un valiente soldado, y nada mas. Reflexionó pues, pesó las ventajas y los inconvenientes de su posicion, y dándose una palmada en la frente, encontró la resolucion del problema. Habia decidido tomar plaza de nuevo, volver al servicio, *engancharse*.

A Juan Perez le gustaba la guerra; nada era tan seductor para él como el aguardiente del campamento; el pan del cuartel le parecia insípido; pero el cuartel era al fin una casa, el uniforme un vestido, y el ser soldado un modo de vivir, y Juan Perez no tenia otra casa, ni otro vestido, ni otro modo de vivir.

Estaba decidido y, lo que es mas, satisfecho, orgulloso de haber encontrado la manera de salir del apuro, como él decia, habia dado en el *quid*.

Pero en el momento en que se encontraba mas contento de sí mismo, le dió un vuelco la sangre, sintió un golpe en el corazon, un peso en la cabeza que le hizo arrugar las cejas tan sombríamente como cuando disparaba su fusil español, y rascándose máquinalmente detrás de la oreja izquierda, se le escapó un juramento, y pronunció el nombre de una mujer.

Como si estuviera cansado, se sentó sobre el borde de la cama, único mueble que le ofrecia el estrecho recinto de su alojamiento, y entabló consigo mismo un diálogo, una discusion acalorada; porque Juan Perez no queria renunciar á su feliz idea, y el mismo Juan Perez se sentia tentado de renunciar á ella; porque era el caso que habia tenido un recuerdo, y habia sentido no sé qué impulso secreto que le hacia caer en sus primeras vacilaciones, y se decia á sí mismo:

— Juan, tú no tienes á nadie allí, y no debes ir.

Y se replicaba á sí mismo:

— Juan, ¿quién sabe su suerte?... Tú debes ir.

— Si viviera mi madre... si Cecilia se acordara de mí... ¡Pobre Cecilia!... yo tambien la he tenido olvidada... ¿y qué demonios habia de hacer? Maldita sea la ordenanza, y el furriel... y el sargento primero, y el fusil que todo lo hace olvidar... ¡Ah! yo me vengaré... yo me desquitaré, juro á todos los santos del cielo no morder mas cartuchos; aborrezco la diana y la retreta, y todos los toques de guerrilla... ¿Pero á dónde voy? ¿a qué voy? yo no tengo madre, ni hermanas, ni hermanos... ¿qué diablos he de hacer en mi aldea? No, no;

me vuelvo al regimiento: así como así, yo no tengo mas familia que mi regimiento... ¡Cuánto lloró Cecilia... ¡y qué! si te vi no me acuerdo. Este es el mundo;

El que bebe se emborracha,

El que no jura reniega,

¡Ay! al que se va lo olvidan,

Y al que se muere lo entierran.

— Pero vamos á cuentas; para todo hay lugar en este mundo, el sargento Pelao lo decia, y siempre llegaba tarde: aquí del sargento Pelao...

Tan abismado se quedó en sus reflexiones, que no sintió abrir la puerta de su alojamiento, ni vió entrar al cabo Suarez que venia á echar con él la última copa de aguardiente, y no lo hubiera sentido á no dejar caer el cabo su mano áspera sobre la ancha espalda del licenciado.

— ¿En qué diablo piensas?

— Pensaba en el sargento Pelao.

— ¿Ese Caiás te ha hecho alguna de las suyas?

— No.

— Tú tienes ya la absoluta, y podemos hablar con confianza. ¿A qué te ha hecho las cuentas del gran capitán? Así engordase tú á quien pude yo atravesar en el sitio de Irun, si no hubiera sido por tí. Desengáñate, Juan, el sargento Pelao será mi perdición: á la primera que me haga, me fusilan.

— No le tengas *tirria*, los hombres son como son, y abur del alma.

— Como tú sales de su dominio me aconsejas así, pero mal rayo me abraze si se va al otro mundo sin un pase mio.

— ¿Quieres darme un consejo?

— Sí.

— He pensado engancharme.

— Ahórcate primero, Juan.

— Es que yo no tengo madre.

— ¿Ni hermanos?

— Ni hermanos... soy solo en el mundo.

— Ese ya es otro cantar.

— Aconséjame.

— Juan, esta vida es muy *perra*.

— Dime que hago, y dímelo pronto, porque hace una hora que me parece que estoy en el infierno.

— Pues bien, no te enganches.

— ¿Y á dónde voy?

— A tu casa.

— Yo no tengo casa.

— ¿No hay ningun rincón en el mundo que te llame?

— Ninguno.

— Espera... yo tengo mas memoria que tú, y recuerdo en este momento que en Bilbao, aquella noche tan negra y tan fria, te abrieron dos ventanas en el pecho para que respiraras con mas libertad. ¿Te acuerdas, Juan? Tu ibas á paso de ataque; yo te recogí, te dí aguardiente, apreté tus heridas, y te abrigué en el vientre de un caballo moribundo. Juan, te morias á chorros, y roncabas y gemias de una manera que parecia que estabas en conversacion con todos los demonios. Yo te encomendé el alma con tres maldiciones, y tú retorciéndote como una culebra nombraste á una mujer.

— ¡A Cecilia!

— Ni mas ni ménos. Esta es la segunda vez que te la oigo nombrar.

Juan Perez se sonrió y suspiró al mismo tiempo.

— Juan, ¿quién era esa mujer?

— Mi hermana y mi novia.

— ¡Cómo!

— Mi hermana, porque era huérfana y la habia criada mi madre; y mi novia, porque nos íbamos á casar cuando caí quinto.

— ¿Y estás resuelto á engancharte?

— Casi lo estoy.

— Vamos, tú tienes mal corazon. Tienes una hermana y una novia, y quieres engancharte; Cabrera mismo no seria capaz de una cosa semejante.

— Desde que se murió mi madre, creo que la perdí... y que quieres, cosas del mundo, la olvidé.

— ¡Y era huérfana por segunda vez!... Vamos, Juan, tienes mal corazon.

— Es que ella habrá hecho lo mismo; y aunque era huérfana era rica: tenia un olivar de trescientos piés y una viña de cincuenta cepas.

— ¡Tanto mejor! con vino y aceite no se muere nadie en el mundo. No pierdas tiempo. Lo que no sucede en un año, sucede en un minuto. Cuélgate el morral, échate á cuestras ese capote, que ha sido tu pellejo tantos años, y paso redoblado.

— Tengo miedo.

— Ya sabes que los cobardes son los que mueren primero. Con que, arriba. Vamos á echar la última copa de aguardiente. ¡Y qué diablos! si no se acuerda de tí, si no encuentras á la hermana ni á la novia, mejor, cara de perro: haces un cuarto de conversion, giras suavemente sobre el talon izquierdo, y *tran, cataplan, cataplan*, te vuelves al regimiento, ó te ahorcas de un pino, que todo da lo mismo.

En el estado de incertidumbre en que se hallaba Juan Perez, le pareció la última razon del cabo incontestable, y decidió por fin, como lo decia, probar fortuna; y como era ejecutivo en todas sus determinaciones, dicho y hecho: echó á cuestras su morral, colgó de su cuello el tubo de hoja de lata que guardaba su licencia absoluta, y ambos compañeros fueron á remojar la despedida con dos copas de aguardiente, en una taberna pin-

tada de almazarron y ocre, allá á lo último de la calle de San Vicente.

En el apretón de manos mas estrecho los sorprendió el sargento Pelao; y el cabo Suarez mirándole de soslayo, le dijo á Juan Perez á media voz y muy despacio:

— Juan, si oyes decir que han muerto al sargento Pelao, no preguntes mas.

II.

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

Llevaba Juan Perez seis dias de marcha, y habia seguido constantemente el camino real. El día séptimo por la tarde lo abandonó para subir una colina suave, que se levantaba á su derecha coronada de olivos y enredada de higueras chumbas.

A pasos lentos avanzaba por la pendiente de la colina, y caminaba sin cansancio y sin afán: cada paso correspondia á un latido de su corazon; audaz, indiferente, sosegado, y, ¡ay! se acercaba á su lugar nativo despues de siete años; allí donde estaban los recuerdos de su primera edad; donde estaba la sepultura de su madre, y donde debia encontrar á Cecilia, que lloró tanto aquel día tan pronto olvidado, en que se separaron acaso para no volverse á ver mas. Allí en aquel mismo sitio que ahora pisa indiferente, debajo del olivo grande que se levanta sobre la cima del monte, hacia siete años, á la misma hora, medio oculto el sol en las sombras de la tarde, se despidió de su madre y de Cecilia, únicos amores de su vida. Allí se habian derramado sus últimas lágrimas; allí habia recibido los dos últimos besos; allí de rodillas entre los brazos de su madre y de su novia, al sonido de la campana de la aldea que llegaba triste y lento como queriendo darle tambien su último adiós, habia hecho su último voto y su última oracion.

Subió lentamente hasta la cima de la colina, y se detuvo. Tendió la mirada por el valle que sirve de corona á la graciosa aldea, y vió el estrecho campanario empinarse entre el caserío apiñado, como un recuerdo mas vivo entre confusas memorias que empiezan á disiparse.

El cuadro que se desenvolvía á su vista no podia serle indiferente, y para contemplarle mejor se apoyó ligeramente contra el tronco del olivo grande, derramó su mirada serena, y comenzó á silbar un toque de guerrilla.

Los últimos rayos del sol poniente empezaban á desaparecer detrás de un grupo de nubes; soplabá un vientecillo frio y húmedo; Juan Perez permanecía inmóvil observando una cosa que estaba sin duda en armonía con la vaguedad de sus pensamientos. Desde el momento que dominó la cima de la colina habia visto su propia sombra proyectarse á lo léjos en direccion á la aldea, pues teniendo el sol á su espalda, le heria casi horizontalmente. La habia visto crecer y extenderse, prolongarse como una línea, llegar hasta las primeras casas de la aldea, y como fatigada caer lentamente sobre los tejados del caserío, iluminados entónces por una luz semejante al reflejo de un incendio; la vió subir fatigada por la pared blanca y estrecha del campanario, y fijando su planta sobre la última cornisa, crecer y disiparse, apagando el brillo que despedía la bola de bronce sobre la que se empinaba la veleta. En aquel momento se hundió el sol completamente, y Juan Perez se sintió oprimido: le estaba tentado el demonio de la supersticion. Su sombra evaporada, por decirlo así, al tocar las casas de su aldea, despertaba en su corazon un triste presentimiento, y la idea de un desengaño se cebaba en él y lo mortificaba.

Algo sintió en el fondo de su alma que le hizo cambiar de parecer, y maldiciendo al cabo Suarez, dió media vuelta, y exclamó sordamente: « Me vuelvo al regimiento. »

Entónces la campana de la aldea sonó tres veces, dejando en el aire un eco trémulo que parecia un gemido; Juan Perez se erguió como si hubiera sentido el efecto de un resorte, como si su coronel le hubiera gritado: « ¡Firmes! » Y llevando la mano derecha á su gorra de cuartel, descubrió la cabeza.

¡Cuántos recuerdos acudieron en tropel á su memoria! El eco de la campana habia sonado en lo mas profundo de su corazon. Era una queja que queria decirle. « Te he esperado siete años, y he rezado todos los dias por tí... pasa de largo por la aldea, si no encuentras en ella el amor que dejaste: vuélvete si no traes contigo el corazon que te llevaste. » Y el soldado registraba con ansia todos los rincones de su memoria; buscaba todos los detalles, todos los pormenores de aquellos dias que habia ido olvidando poco á poco. Veía á Cecilia con su vestido de fiesta asirle el brazo entre la multitud curiosa que lo abrumaba á preguntas; se sentia arrastrar por ella impaciente de alegría hácia el atrio de la iglesia, y allí de rodillas rezar una oracion, que ella le hacia repetir palabra por palabra. Despues, sin detenerse, asidos de la mano, cruzaban los dos las calles de la aldea, y silenciosos llegaban al cementerio rodeado de rosales silvestres y de altos cipreses; y allí tambien, como en el atrio de la iglesia, de rodillas ambos sobre una sepultura adornada de siemprevivas, rezaban la oracion de los difuntos por el alma de su madre; y luego aprisionado entre los brazos de Cecilia, renovaba aquel beso de despedida, mientras todos le cercan, le hablan, le preguntan y le envidian. Y en el calor de su imaginacion exaltada, se distingue en aquellas noches

de invierno al amor de la lumbre, rodeado de su mujer, de dos hijos únicos, que uno duerme en el seno de su madre, y otro se balancea sobre sus rodillas; contando los peligros, las fatigas y los horrores de la guerra a la vecindad que absorba la escucha.

El eco de la campana triste y dulce a la vez, grave y sencillo, se ha grabado en su corazón como una palabra santa. El amor, la amistad, la esperanza resucitan para él. Los siete años de campaña huyen de su imaginación, y su corazón salta lleno de vida y de ansiedad como antes, cuando su madre y Cecilia le acariciaban y le bendecían. Todos los vínculos que le parecían rotos se anudan; todas sus esperanzas marchitas florecen; todos sus antiguos deseos se avivan, y parece que van a cumplirse.

Erguido y con su gorra en la mano escucha por segunda vez el sonido de la campana. Entonces reza... no se le ha olvidado ni una palabra siquiera: la oración no le había desamparado, solo había dormido en el fondo de su alma: hacia siete años que no rezaba.

III.

LA APARICION.

Llovía a torrentes: era una de esas tempestades del otoño en que el cielo se deshace en agua, en viento, en relámpagos y en truenos, y era la noche oscura como boca de lobo.

Junto a la iglesia de la aldea, al pie de la torre, casi como parte de ella se dibujaba una casita blanca como la nieve, con una puerta ancha y de una sola hoja: su altura de un piso, y su única fachada consistía en dos ventanas cruzadas de listones de pino y colocadas a uno y otro lado de la puerta. Esta casa se comunicaba con la sacristía de la Iglesia, y en ella vivía la parte más integrante del culto, el *sine qua non* de los altares, de las lámparas y de los santos: el sacristan.

La noche hemos dicho que era tempestuosa, oscura y fría. La familia del sacristan, al amor de una lumbre alimentada con sarmientos medio verdes, medio secos, se estremecía a cada relámpago y temblaba a cada trueno.

La madre del sacristan, aletargada con sus noventa años, casi dormía y casi rezaba empotrada en un sillón de baqueta tan decrepito como ella; a sus pies sentada sobre un pedazo de estera la mujer del sacristan hilaba lentamente un lino tan rubio como el oro: y Valentin, el organista, hijo único del sacristan, encorvado sobre sus rodillas, acariciaba a un niño de dos años redondo y fresco como una manzana, y levantaba de vez en cuando su cabeza con una tristeza imposible de describir, para fijar sus ojos azules más tristes todavía sobre la fisonomía dulce y resignada de una muchacha de veintidos años, que cerca de él se apresuraba por concluir una calceta de lana.

Había una tinta de profunda melancolía en este cuadro reposado y mudo, y formaba un extraño contraste con la alegría de Mateo el sacristan, que paseándose con la movilidad de una ardilla, daba vueltas, se restregaba las manos, y hablaba, murmuraba y rezaba.

— Valentin, hoy hace dos años que te di por mujer a esa rosa de mayo que tienes junto a tí, y fuera de ese rapazuelo que tienes sobre las rodillas, maldito lo que has hecho de utilidad. Tienes abandonada tu hacienda, y pasas las horas muertas, haciendo sonar los pitos del órgano, que parecen una legión de muchachos que lloran a un tiempo.

Valentin movió la cabeza, y rompió en una tos involuntaria, seca y profunda, que hizo asomar a su frente algunas gotas de sudor.

La mujer del sacristan miró a su hijo con ansiedad, y la muchacha de veintidos años dijo, atrayendo hacia sí con una mirada la cabeza de Valentin:

— No le riña Vd., señor Mateo.
— Que no le riña, sí; déjale dormirse en las pajas, y ya verás el pan que ha de hartar a tu hijo cuando yo muera. ¿Es verdad, madre?

La anciana levantó los párpados y exclamó:
— Antes de sembrar, solo Dios sabe la mies que ha de ir a la era.

En aquel momento brilló un relámpago, y retumbó un trueno tan largo y tan profundo, que parecía una montaña reducida por un abismo sin fondo. Todos se santiguaron.

— ¡Eh, cómo aprieta! exclamó el sacristan saltando de alegría. ¡Qué modo de llover! La siembra que se prepara nos va a dar una cosecha horrorosa. Levanta esa cabeza, dijo sacudiendo a Valentin; te duermes al son del agua, como las viejas en el sermón.

— No dormía, padre, dijo Valentin con una voz tan desmayada, que casi no se percibió.

— ¿Estás malo? le preguntó su madre.
— No.
— ¿Estás triste, Valentin? le dijo su mujer.
— Como tú... como siempre.

— Tú tienes algún pesar, dijo su madre.
— ¡Quién no tiene alguno!...

— ¿Y por qué no se lo dices a tu madre? Yo soy tu mujer... y me lo ocultas.

El organista sintió un nuevo golpe de tos, que trató de ahogar inútilmente.

— Hay pesares que no se pueden decir. Tú lo sabes, dijo fijando en su mujer una mirada de dolor inconcebible.

— ¡Yo!...

— Hay recuerdos extraños...

La mujer del sacristan miraba alternativamente a su hijo y a su nuera.

— Valentin, me vas a hacer llorar.

— A los muertos se les reza y se les llora.

— ¿Quién ha muerto que necesite nuestras oraciones y nuestras lágrimas?

— En el mundo todos los días nacen, y todos los días mueren.

La mujer de Valentin ahogó un suspiro, y no pudo contener dos lágrimas rebeldes.

— Estais llorando los dos, dijo la madre.

Ambos trataron de ocultar inútilmente que lloraban.

El sacristan había salido a tocar la última oración de la noche, porque acababan de sonar las nueve en el reloj de la torre, y el niño se había dormido sobre las rodillas de su padre.

— ¡Llorar! dijo Valentin. Después de haber llorado mucho, se siente un consuelo infinito. ¡Qué no perdonará Dios al que ha dejado en el mundo quien le llora todos los días!

— ¿De quién te acuerdas, Valentin? le preguntó su mujer con un interés lleno de angustia.

— Me acuerdo en este momento, dijo el organista besando la mejilla de su hijo... me acuerdo... de Juan Perez.

El huso con que hilaba la sacristana se escapó de entre sus dedos.

— ¡Ah! murmuró la joven, ¡porqué te acuerdas de él!

— ¡Qué sé yo!... No sé quien lo nombra cerca de mí con la voz de su alma, que lo siento en mi corazón, y lo recuerdo a cada instante.

La mujer de Valentin bajó la cabeza, y casi cerró los ojos.

— Rézale, hijo mío, dijo su madre. Cuando los muertos nos persiguen con su memoria, es porque necesitan oraciones.

En aquel momento silbó el viento con tal furia, que la llama del hogar se recogió hasta apagarse y se inflamó repentinamente hasta lamer los bordes de la campana de la chimenea.

Reinaba en aquel recinto un silencio profundo, y entre el mugir del viento que se rasgaba impetuoso en los ángulos de la torre, entre el hervir de la lluvia que azotaba las tejas desnudas de la casa, y entre el gemir de los sarmientos que se retorcan, como los nervios de un epiléptico, al contacto de la llama, se oía en los intervalos que dejaban estos ruidos confundidos la tos lenta y tenaz, sorda y seca de Valentin, y el silbido apagado de su respiración pausada y difícil.

De repente brilló dentro de la casa, con la misma intensidad que en el seno de la nube, un relámpago: todos cerraron los ojos; se sintieron envueltos en una bocanada de viento y agua, y temblaron sin respirar bajo el peso de un trueno sin ejemplo.

Cuando volvieron de su espanto, se encontraron con la figura del licenciado, que se destacaba en el fondo oscuro de la puerta como una aparición.

— Con licencia, dijo el soldado sacudiendo su gorra empapada de agua, y dando dos pasos hacia el hogar.

Nadie le contestó: estaban fijos en él todos los ojos, con una expresión de terror indescriptible.

— No hay que asustarse, dijo Juan Perez con una voz parecida al redoble de un tambor. Solo quisiera secar un poco este capote, que me pesa como un pecado mortal, mientras pasa esta legión de demonios para seguir mi camino. Aun me quedan setenta leguas de marcha.

La mujer del sacristan acercó una silla de morera con asiento de esparto, y Juan Perez se sentó, tendiendo a la vez su capote delante de la llama.

La joven se comprimía desesperadamente por sujetar los estremecimientos de una convulsión que sentía correr por todos sus miembros. Valentin, inmóvil, frío, pálido como la cera, fijó sus ojos en el soldado, casi no respiraba, y la mujer del sacristan ayudando a Juan Perez a sostener el capote delante de la llama, le perdonaba de buena fe el susto que les acababa de dar.

La anciana, indiferente a lo que pasaba a su alrededor, medio rezaba, medio dormía.

Juan Perez comprendió todos los pormenores del cuadro que le rodeaba, había reconocido al primer golpe de vista todas las fisonomías que tenía delante, y sin embargo parecía que a él no le habían conocido. Y era posible, y era fácil. Su rostro tostado y varonil, su bigote castaño y retorcido, su voz áspera, su manera de hablar, su ademán y su traje no podían descubrir a aquel Juan Perez de diez y ocho años, tan humilde, tan cariñoso, con sus mejillas rosadas y sus labios sin bozo. Solamente una mujer que lo hubiera amado con todo su corazón, lo hubiera reconocido; porque Juan Perez conservaba sus hermosos ojos negros, y su mirada era la misma; ardiente y dulce, atrevida y humilde; y porque en los ojos de un hombre, solo saben leer una mujer enamorada y una madre.

Juan Perez ahogó su pena, tomó su resolución, y exclamó poniendo una mano sobre la cabeza del niño que Valentin tenía entre sus rodillas:

— ¡Hermosa criatura!

— Es nuestro hijo, balbuceó Valentin.

— Tiene dos años, dijo la sacristana.

— ¡Dos años! murmuró el soldado fijando en la mujer de Valentin una mirada que la hizo desfallecer.

— ¡Dos años! repitió la pobre muchacha.

El capote estaba medio seco, pero Juan Perez se lo echó encima, y se puso de pie, diciendo:

— La tempestad ha pasado, y voy a continuar mi camino.

— ¡Sin descansar! dijo la mujer del sacristan con admiración.

— Cuando se coge la licencia absoluta, se corre, se vuela sin descansar, hasta que se abraza al hermano, a la hermana, a la madre, a la novia. Entonces se descansa.

La fisonomía de Valentin se había ido serenando, y no notaba que en la cara de su mujer estaban pintadas todas las angustias.

— Voy a darle un abrazo a mi madre; tengo que andar todavía setenta leguas.

El sacristan, que volvía de la torre, entró en aquel momento.

— Mateo, dijo su mujer, aquí tienes un militar que va de paso, y que no quiere aceptar ni nuestra cena, ni nuestra cama.

— Hace mal. La noche es de todos los demonios, y yo no puedo permitir semejante cosa, dijo el sacristan, mirando de arriba abajo al soldado sin conocerle.

— No tengo nada que hacer aquí, dijo el licenciado secamente, y mi madre me espera.

— Pero a lo ménos echar un trago, insistió el sacristan; no vendrá mal a estas horas para seguir el camino.

— Amen, dijo Juan Perez.

— Muchacha, arrima aquí un jarro del tinto de cuatro años de la viña del señor cura.

La mujer de Valentin se levantó, dejando admirar por un momento un cuerpo gracioso encerrado en un corpiño de pana verde, unos contornos suavísimos a pesar de su saya de lana, un pie ligero y pequeño, y media pierna capaz de hacer olvidar la consigna al soldado más listo.

Juan Perez reasumió en una mirada el conjunto de todos estos encantos, y volvió la cabeza a su pesar.

— ¡A la salud de tu madre, buen soldado! dijo el sacristan empinando un vaso.

— Así sea, dijo Juan Perez, llevándose el vaso a los labios y sin probar el vino.

— Ahora, dijo Mateo, quédate o márchate.

— ¡A la paz de Dios! dijo Juan Perez.

La mujer de Valentin había salido a la puerta de la calle en busca de aire que respirar: sentía el corazón oprimido, y ella sabía porqué.

Juan Perez llegó a la puerta, y se encontró con ella. La muchacha se asió al brazo del soldado, y exclamó sollozando:

— ¡Perdóname!

— ¿Dónde está enterrada mi madre? replicó Juan Perez.

— En el cementerio, debajo de un rosal plantado por mí mano.

— Bien.

— ¿Me perdonas? insistió llorando.

— Tengo que abrazar a mi madre.

Valentin, con su hijo en brazos, de pie, estaba observando esta escena.

— He rezado por tí todos los días.

— Bien hecho.

— ¿Te vas para siempre?

— Para siempre.

— ¡Adios! dijo la pobre muchacha anegada en lágrimas.

— ¡Adios! murmuró Juan Perez temblando: adios... mundo.

La mujer del organista solamente había reconocido a Juan Perez, porque aquella pobre muchacha era Cecilia.

Después que lo vió perderse en lo último de la calle, se enjugó los ojos, y entró en la casa.

Valentin puso entonces en sus brazos el niño dormido, y salió a una especie de jardinillo que se ocultaba detrás de la casa. Allí se apoyó contra la pared, tosió ásperamente, y arrojó una bocanada de sangre. Después se incorporó, y levantando los ojos al cielo, exclamó:

— ¡Era él!

JOSÉ DE SELGAS.

(Se concluirá.)

Los establecimientos de baños.

HOMBURGO.

Las riberas del Rhin están a la moda hace ya tiempo, pintores y poetas se han inspirado en las aguas de ese noble río, en sus orillas unas veces terribles y otras pintorescas; los ociosos, la gente de gran tono y los enfermos van a buscar allí, unos las sensaciones nuevas, otros la salud.

Debemos decir sin embargo que esta palabra—orillas del Rhin—es muy elástica, y que hay varios ríos y riachuelos que podrían reclamar una parte de la celebridad de ese pomposo nombre. El Necker baña la falda de la roca donde está construido el castillo de Herdelberg, uno de los más bellos restos arquitectónicos del siglo XVI; el Mein lleva a Francfort los productos de la Alemania entera, y la mayor parte de las hermosas residencias que han hecho célebre esa parte del mundo, se hallan colocadas a una distancia del río, bastante respetable.

En cuanto a la ciudad de Homburgo, situada a unas tres leguas de Francfort, hace muy poco que ha entra-

do á formar parte de la grande confederacion de los sitios á la moda en las orillas del Rhin, y gracias á su buena posicion, y á la eficacia de sus aguas, ha sabido adquirir desde un principio una brillante nombradía.

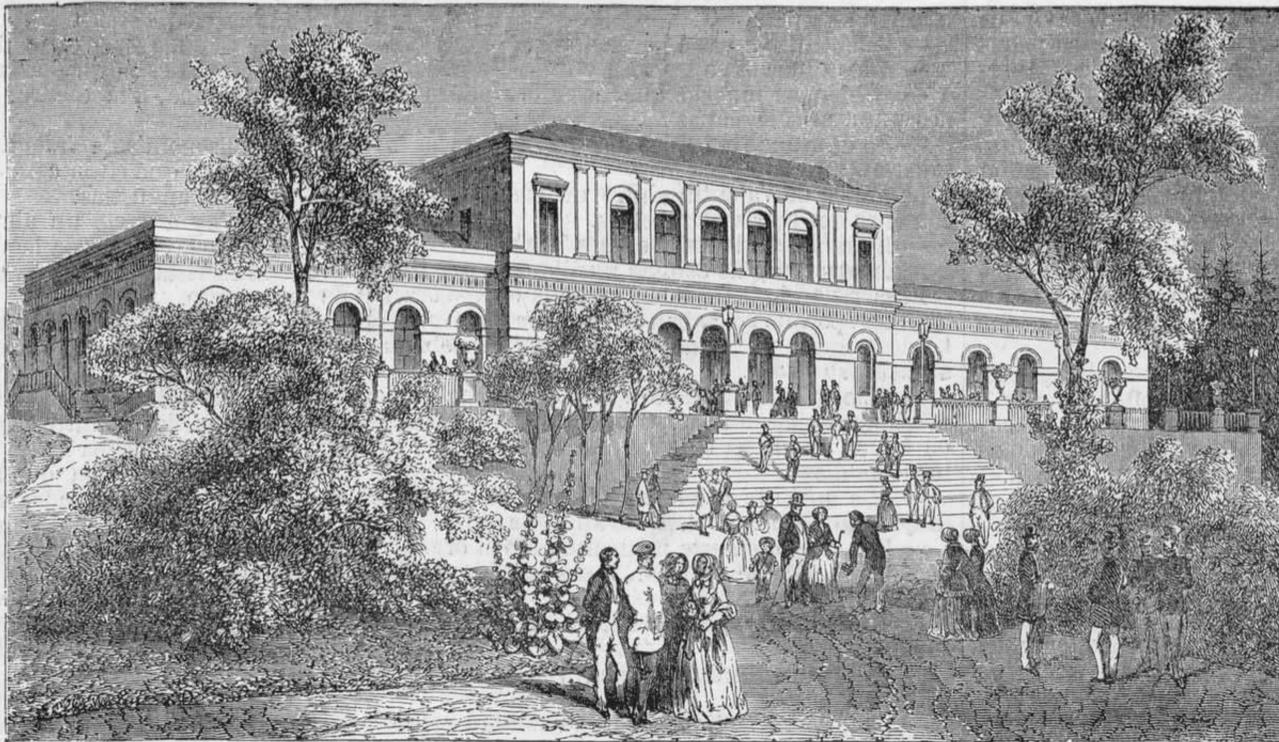
Homburgo dista tres leguas de Francfort; el camino principal, en buen estado de conservacion como todos los de Alemania, son una hilera de árboles á cada lado, desemboca á la entrada de la calle mayor, ó mejor dicho es la única calle de Homburgo, construida hace muy poco, y adornada con hermosas casas, debido todo á la prosperidad que la pequeña ciudad de Homburgo debe á su casa de baños.

En efecto, hace unos diez años, esta poblacion se llamaba ciudad, sin grandes motivos para ello, pues era únicamente un lugaron, con algo de importancia, porque en él residia el Landgrave, soberano de ese estado en miniatura; una sola calle con algunas casas, podia justificar aquel nombre, pues lo demás se reducía á una porcion de callejuelas formadas por miserables chozas; tal era la capital de un estado, cuya poblacion total se eleva á veinticinco mil almas.

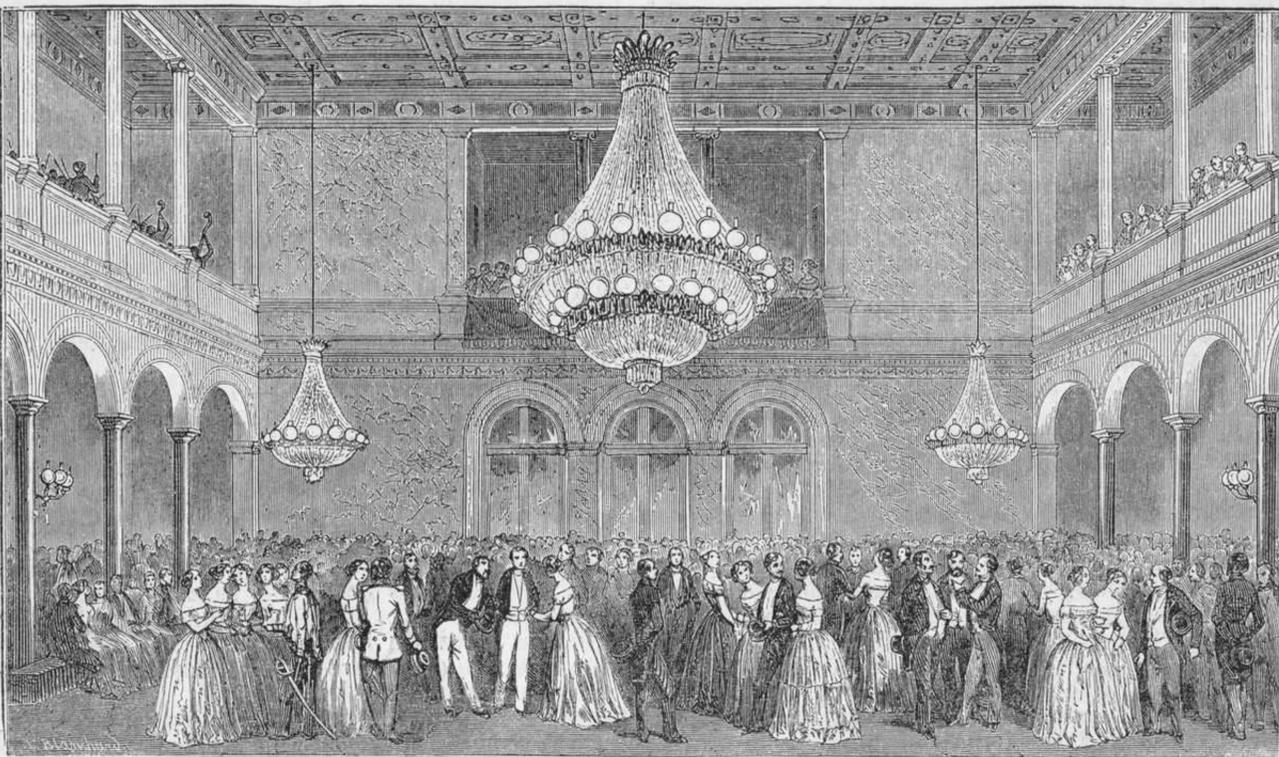
Pero á poca distancia de Homburgo habia unos manantiales que debian hacer su fortuna; muchos enfermos aliviaron en ellos sus dolencias, y como lo bueno pronto se sabe, bien luego el número de viajeros llegó á hacerse considerable. Entonces se descubrió que el país era bonito, pero ¿cómo permanecer allí, cuando estaban tan escasas las habitaciones?

Conocida esta necesidad, no faltaron capitalistas que adelantaron los fondos suficientes para la construccion de ricos y vastos monumentos destinados á formar un lugar de reunion para los enfermos; la piedra llama la piedra; al lado de una casa que se construye, al punto se alzan otras como por encanto; en una palabra, abierto el campo á la emulacion, cada cual quiso rivalizar en elegancia en torno del casino, centro del nuevo barrio, y entonces se levantaron sucesivamente hermosas fondas, y bonitas casas de recreo, adornadas con frescos jardines; se abrieron paseos, y por último Homburgo principió á ser una ciudad en realidad y no de nombre.

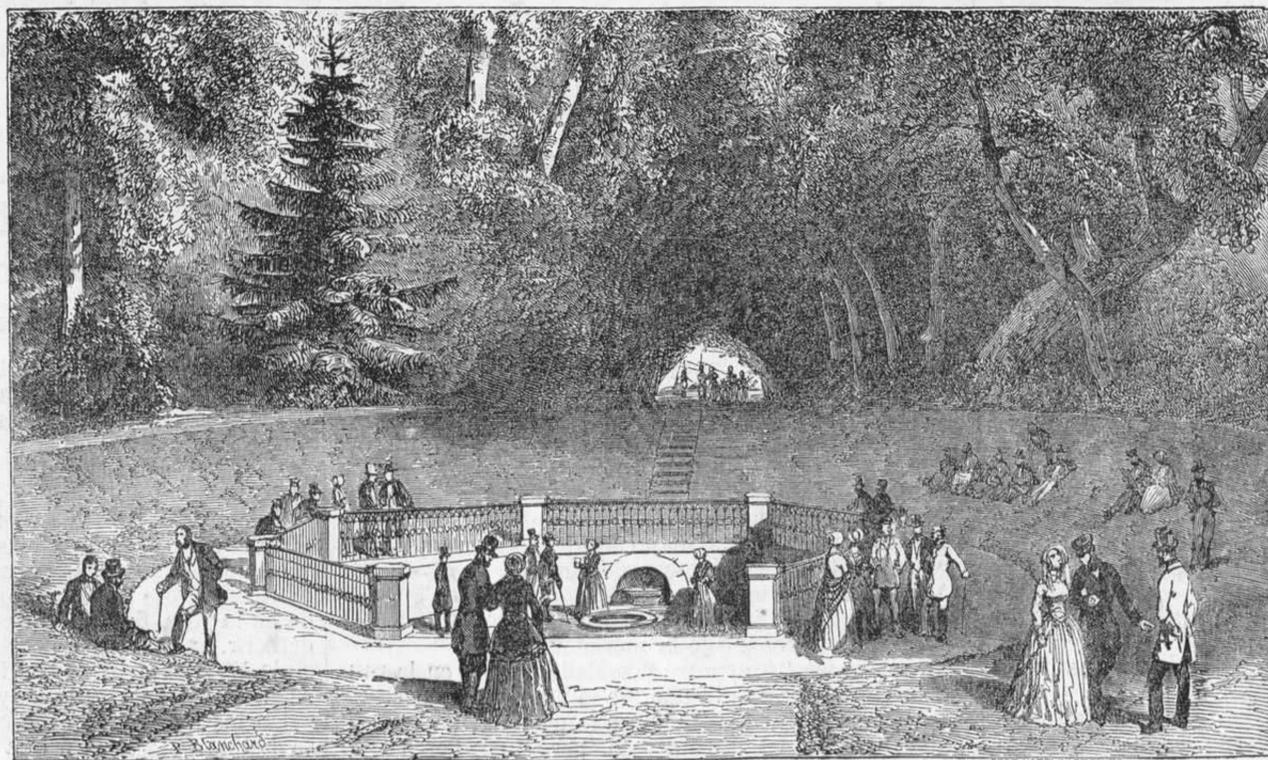
Un escritor francés ha sostenido con mucha gracia la paradoja de que Europa no tiene mas que dos capitales, á saber: Paris para el invierno, y Baden para el verano, lo que equivale á decir que toda persona de buen tono debe hallarse en el mes de julio, en la orilla del Rhin, y en enero, en el boulevard de los Italianos, bajo pena de desacreditarse en el mundo de la moda. Homburgo ha querido reclamar contra este fallo, halegando en su favor que allí no se acaban en todo el año las diversiones, y que en todo tiempo se curan los enfermos, hasta en el mes de enero; y no quiere esto decir que las estaciones suspendan su curso en aquella capital; lo



Baños de Homburgo. — El Casino.



Baños de Homburgo. — Salon de baile.



Baños de Homburgo. — Manantail Luis.

disfruta del aspecto de una hermosa verdura, á beneficio de un suave calor artificial, en la época de los frios y de las nieves.

Por esta razon puede decirse que en Homburgo no se interrumpe nunca el tiempo de los baños; el enfermo, lo mismo que el viajero no sale nunca de sus muros, arrojado el uno por el rigor de la temperatura, y el otro por la ausencia de diversiones y placeres; las fondas se hallan siempre llenas de gente, y los salones de baile no descansan nunca.

En efecto, todos los dias hay conciertos ó bailes; la ciudad de Francfort, en comunicacion directa é incesante con Homburgo, suministra un contingente á la elegante muchedumbre que circula por los hermosos salones del casino. Una orquesta afamada, aun entre las mejores de Alemania, oca bajo la direccion de M. Garbé, las principales obras de los grandes maestros italianos, franceses y alemanes; todo cantante ó instrumentista célebre que viaja por Europa, se detiene en el casino, y cuando á la música seria precede el wals nacional ó la mazurka, el salon de concierto se convierte en salon de baile; alegres parejas corren por aquel vasto espacio; los uniformes mas ricos y variados, los trajes mas elegantes de hombres y mujeres se cruzan en todos sentidos, en una palabra, nada recuerda tanto los mas bellos salones de la alta aristocracia de todos los países, como los de Homburgo; es verdad que sus elementos constitutivos son los mismos.

Hemos dicho que las aguas de Homburgo son tan eficaces, que han curado ya á muchos enfermos. El doctor Gardey, médico de los baños, ha escrito una obra sobre la materia, muy digna de atencion y crédito, pues principia por prevenir que aquellas aguas no curan todas las enfermedades, sin excepcion alguna. La extension de la noticia no nos permite reproducir aquí la fórmula de la composicion de estas aguas, lo que seria por otra parte entrar en el terreno de la ciencia; pero, pidiendo permiso al lector por las palabras técnicas que debemos emplear, podemos decir, sin embargo, que sus elementos esenciales son los cloruros de sodio, de calcio y de magnesio, y que á su presencia se deben los verdaderos efectos terapéuticos.

Las enfermedades del estómago y del hígado; las escrófulas, la hipocondría, la gota, los reumatismos llegados al estado crónico, tales son las principales enfermedades que pueden curarse en Homburgo; el efecto producido por las aguas no dudamos que será muy bueno; pero además, ¿quién puede conservar largo tiempo sus dolencias en ese país encantador, donde todo anuncia la salud, donde se respira vida y movimiento?

Cuatro manantiales hay, cada cual de una composicion química diferente en sus dosis, aunque conteniendo siempre los mismos principios

que si es cierto, es que magníficos paseos, frondosos bosques y hermosas arboledas proporcionan durante el estío un fresco delicioso, y en medio de los ri-

manía, oca bajo la direccion de M. Garbé, las principales obras de los grandes maestros italianos, franceses y alemanes; todo cantante ó instrumentista célebre

gores del invierno hay aposentos bien abrigados y calientes para las personas delicadas, y aun hay mas, existe tambien un invernadero monumental donde se

guña. La extension de la noticia no nos permite reproducir aquí la fórmula de la composicion de estas aguas, lo que seria por otra parte entrar en el terreno de la

esenciales; la prudencia del médico debe guiar al enfermo, de modo que bueno es dirigirse al doctor que ha hecho estudios especiales sobre los diversos efectos que pueden producir; el agua de un manantial, saludable hacia el término de la cura, podría ser nociva al principio, ó vice versa, de modo que se va por grados, y aun á veces no hay necesidad de tomar el agua al manantial mas fuerte en efectos terapéuticos.

Preciosos paseos conducen de la ciudad á los manantiales, que son en sí otros tantos lugares de descanso, de una frescura deliciosa. Durante el estío, la mañana se consagra á la cura; cada cual se dirige á la fuente, cuyas aguas le recetó el médico; pero la reunion general es en el manantial llamado *Elisabet Henbrunn*; el dia principia como debe acabar, con música; la orquesta de M. Garbé toca sus mas graciosas melodías, que producen el mejor efecto en medio de aquellos primores de la naturaleza.

El casino es un palacio á la italiana; una de sus fachadas da á la plaza principal de la ciudad, plaza adornada con hermosos árboles, y la otra domina un jardin inglés que baja insensiblemente hasta el fondo del valle. Por dentro, este palacio está ricamente adornado; vastos aposentos espléndidamente iluminados por la noche, y bien calientes en el invierno, reciben á la elegante muchedumbre; todo el mundo está admitido allí, lo que hace parecer aquello una verdadera torre de Babel en el instante en que se interrumpen los trabajos, pues se oyen todas las lenguas, todos los dialectos de la Europa, aunque preciso es convenir que domina el francés, el idioma moderno.

Cerca del casino se halla la casa de baños, monumento elegante, con todas las comodidades que se pueden apetecer. Las aguas de Homburgo, tan poderosas tomadas interiormente, no tienen menos eficacia en ciertas enfermedades, administradas en forma de baños; su efecto es algo semejante al de los baños de mar,



Baños de Homburgo. — Cita para la caza.

pero como las aguas de Homburgo se componen de mayor número de sustancias que aquellas, su empleo se extiende á un mayor número de casos.

Numerosas son las fondas que hay en Homburgo y muy buenas; algunas, las de Hesse, de la Europa, y el café de Scheller, pueden rivalizar con las mejores de Europa; sin embargo, todas ellas se resienten un poco de la tradicion local en cuanto á sus cocinas. Todavía no se ha reconocido allí la superioridad de la Francia... en cuanto á cocineros.

Pase s tambien hay muchos en la ciudad; además de los jardines del castillo, adornados con árboles de una altura prodigiosa y con hermosas fuentes, la ciudad se halla rodeada á poca distancia de magníficos bosques, bien provistos de caza, donde los aficionados se entregan con pasión á su ejercicio favorito. De tiempo en tiempo se anuncia una grande cacería, y el dia prefijado se ve llegar al bosque una larga fila de caballos, carretelas, droschkis, y aun ómnibus, que transportan juntamente con los cazadores los elementos de una buena comida; se elige un punto pintoresco entre

los árboles para la reunion general, y bien luego las detonaciones del champaña que suceden al ruido de la pólvora hacen olvidar á los aficionados su cansancio.

Hay un sitio en el bosque muy favorecido por los paseantes. Antiguamente siete árboles gigantescos que habia en él le hicieron dar el nombre significativo de los siete electores; el rayo ha destruido dos, pero los otros cinco, venerables por sus años, aunque vigorosos todavía, dominan con sus verdes copas los demás árboles del bosque; el suelo está alfombrado de menuda yerba, y un templo erigido á no sabemos que divinidad de las selvas aparece misteriosamente oculto entre un grupo de hayas; en una palabra, todo en aquel rico lugar, respira la tranquilidad y el sosiego; de cuando en cuando un ligero gamo atraviesa rápidamente la plazoleta, y luego todo vuelve á caer en un silencio, interrumpido solo por el gorjeo de los pájaros, ó por el ruido lejano de la caza.

De este modo cada cual puede crearse en Homburgo la vida que mas le gusta; el hombre de mundo encuentra allí esa vida de salon que le es tan necesaria, y el que pre-

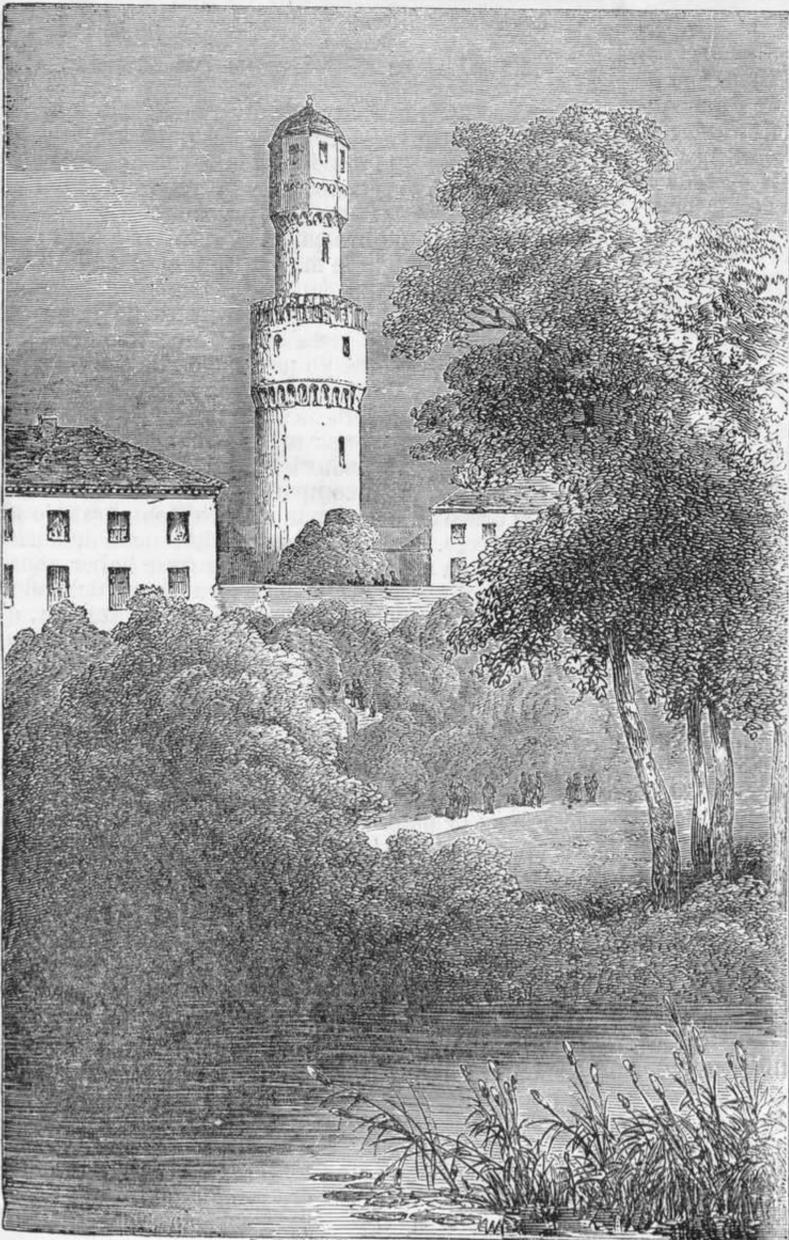
turaliza de los Alpes, pero sin embargo, no deja nada que desear á los aficionados.

Merece particular mencion una alegre costumbre que se conserva en el país: todos los años, el 24 de junio, una muchedumbre considerable, compuesta de diputaciones de todas las poblaciones de la comarca, se reúne á las doce de la noche en la cúspide del Fledberg, para esperar allí la aurora.

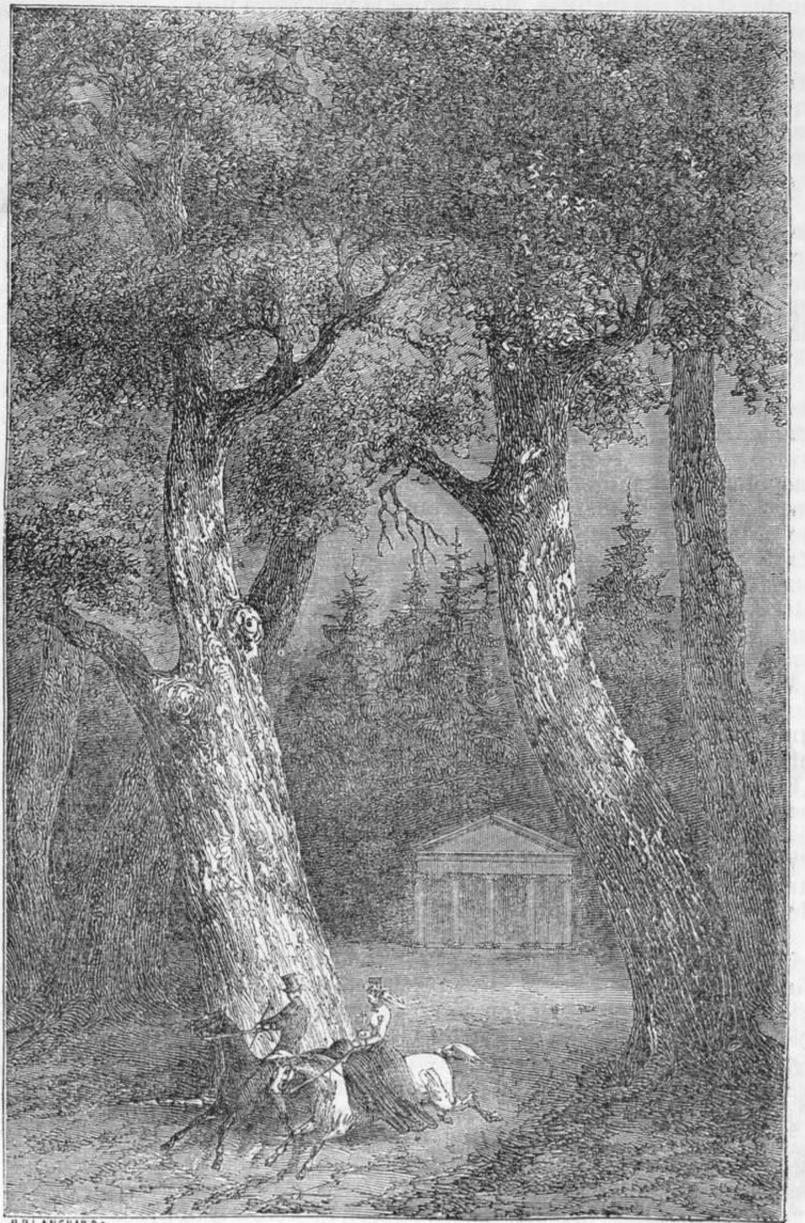
El dia siguiente se consagra á las fiestas, y se pasa todo en cánticos y bailes.

A media legua de Homburgo los franceses visitan con gusto las aldeas de Friedriehsdort y de Dornholzhanzen, colonias francesas formadas de refugiados que la revocacion del edicto de Nantes, arrojó de la madre patria. En efecto, es una agradable sorpresa para ellos el oír en el corazon de la Alemania su lengua maternal hablada con pureza por las clases inferiores.

Para reasumir en pocas palabras la impresion que nos ha dejado nuestra residencia en Homburgo, dirémos que es un lugar á donde se va con mucho gusto, y de donde se sale con sentimiento de dejarle.



Baños de Homburgo. — Torre del castillo del margrave.



Baños de Homburgo. — La estrella de los siete electores.

MI VISION DE LA FUENTE.

RECUERDO DE JUVENTUD, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

A la edad de quince años me ví convertido en habitante de un pueblecillo, distante mas de cien millas del lugar de mi nacimiento.

Al día siguiente de mi llegada, en una mañana de setiembre, caliente y brillante como las del mes de junio, fui á pasearme por el bosque. Los encinos y nogales entrelazaban sus ramas, formaban encima de mi cabeza una bóveda espesa de verdura. El terreno era escabroso, desigual, cubierto de arbustos y zarzales; no se veían en él mas senderos que los practicados por las fieras. El que habia yo tomado á la ventura, me condujo á un límpido manantial, guarnecido de fresco césped, y situado á la sombra de una robusta encina. Un rayo de sol penetraba hasta él á través del follaje; viéndolo juguetear en sus ondas cristalinas, se hubiera creído que era un pez dorado.

Desde mi mas tierna infancia, me he complacido siempre en contemplar un manantial. Este llenaba un estanque circular, estrecho, pero profundo, y rodeado de piedras, revestidas las unas de musgo limoso, peladas las otras y de diferentes colores. Las habia encarnadas, blancas y oscuras. El fondo estaba cubierto de arena que centelleaba con el rayo del sol, y parecia que iluminaba la fuente con propia y no prestada luz. Habia un punto, era donde el salto del agua agitaba violentamente la arena, pero sin enturbiar la fuente ni rizar la tersura de su superficie. Parecia que iba á surgir una criatura viva, — la náyade del manantial quizá, — bajo la figura de una jóven bella, con una túnica de húmedo musgo, una cintura robada al arco iris, y una cara fria, pura, impasible.

¡Qué entretenimiento de placer y de miedo al aspecto de la náyade sentada en una piedra, agitando sus blancos y menudos piés en los borbotones de la fuente, y haciendo resaltar en torno suyo el agua que vuelve á caer en gotas luminosas como una lluvia de diamantes! Las yerbas y las flores que han tocado sus manos se cargan de un rocío brillante como el de la mañana. He allí afanada, como mujer hacendosa, recogiendo las hojas muertas, los pedazos musgosos de madera, las bellotas dañadas del encino, todas las semillas dejadas en la fuente por los animales que han venido á apagar su sed en ella, hasta que en el fondo del agua trasparente chispea la arena como polvo de diamante... ¿Qué haceis ahí temerario? Vuestros pasos han ahuyentado la náyade, y no se encuentra en su lugar mas que las gotas de un chaparrón de verano.

Tendido en el césped como la húmeda divinidad, me inclino sobre el manantial, y de repente, en un espejo dos ojos se encuentran con mis ojos. Me inclino por segunda vez, y apercibo otra figura detrás de la mia, mas distinta, y sin embargo vaga como mi pensamiento. Aquella figura es la de una hermosa niña con rizos de oro mate. El contento brilla en sus miradas, y se dibuja en hoyuelos sobre sus mejillas. Me se figura la verdadera imagen de lo que seria una fuente, si con un fecundo rayo de sol tomara repentinamente la forma de mujer. A través de sus frescas facciones se distinguen las hojas muertas, las ramas musgosas, las bellotas y la arena resplandeciente. El rayo de sol juega con su dorada cabellera, y confundiendo con ella, forma una auréola luminosa al rededor de su encantadora cabeza.

Mis palabras no podrian dar una idea de lo repentino de aquella aparicion en la fuente, ni de su desaparicion igualmente repentina, despues de la cual el manantial me pareció desolado. Yo respiré, la vision estaba allí; contuve mi aliento para contemplarla mejor, ¡ya habia desaparecido! ¿Habia huido, ó se habia desmayado? Comencé á dudar hasta de su aparicion.

¡Queridos lectores, qué hora tan llena de ensueños deliciosos pasé en el punto en que me habia dejado esta vision! Sentado en una inmovilidad completa, esperé mucho rato su reaparicion, temiendo asustarla con el menor movimiento, con el ruido de mi agitada respiracion. De esa manera, al despertar de un dulce sueño, he permanecido con frecuencia inmóvil con la esperanza de recaer en él. Profundas fueron mis meditaciones acerca de la esencia y las cualidades de aquella vision etérea. ¿La habia creado yo mismo? ¿Era hija de mi imaginacion, hermana de esos fantasmas extraños que aparecen por la noche á los niños al entreabrir sus ojos? ¿Me habia hechizado su belleza con un solo instante para desaparecer al inmediato? ¿Era la ninfa de la fuente, una hada, una divinidad de los bosques, que habia venido á mirarse en el agua por encima de mis hombros? ¿Era la sombra de alguna jóven seducida, á quien una pasion desgraciada habia arrastrado al suicidio? ¿ó bien una amable criatura, una niña de corazon ardiente, que no se deshace en humo bajo la presion de un estrecho abrazo, se habria deslizado detrás de mí, dejando caer su bella imagen en la cristalina fuente?

Largo tiempo esperé con ansiedad; la vision no volvió. Luego me alejé; pero en la tarde del mismo día fui otra vez en la fuente, atraído por un encanto mágico. El agua brotaba siempre, la arena centelleaba con el dulce brillo del rayo de sol. La vision no estaba allí. Solo habia una rana enorme, eremita de aquella soledad, que ocultó al punto su cabeza matizada detrás de una piedra, intentando ocultarse sin sospechar que dejaba descubiertas sus dos largas patas rayadas. Me se figuró que aquella rana me habia echado una mirada diabólica, y tuve casi deseos de cortarle el pescuezo como al encantador que tenia cautiva en la fuente á la misteriosa beldad.

Triste y con el corazon oprimido, volví á tomar el camino del pueblo. Entre mí y el campanario de la iglesia se alzaba una colinita coronada con un grupo de árboles separado del resto del bosque, iluminado al Oeste por los rayos del sol, y proyectando al Este su sombra solitaria.

La tarde estaba muy avanzada, la luz del sol y la oscuridad de la noche se fundian en una especie de tranquilo resplandor; tal vez los genios del día y de la noche, encontrándose bajo aquellos árboles, permanecian estrechamente abrazados como dos hermanos.

Mientras que yo admiraba la belleza del paisaje, una jóven salió del centro de aquel bosquecillo de encinos. Mi corazon la reconoció. Era mi vision; pero me apareció tan lejana, tan etérea, tan extraña á las cosas de la tierra, tan penetrada de la misteriosa luz del sitio en que se encontraba, que mi corazon se sintió aun mas oprimido que antes. ¿Cómo llegar jamás hasta ella?

Mientras yo la contemplaba, un chubasco vino de repente á azotar el follaje. Con la rapidez del relámpago se llenó de claridad la atmósfera; cada gota de lluvia se apoderaba, al caer, de una partícula del resplandor del sol, y este benéfico turbion guareció como una niebla bastante sustancial para soportar aquel resplandor.

El arco iris, tan hermoso como los del Niágara, se dibujó en el aire. La parte que correspondia al mediodía, bajaba por delante del grupo de encinos y velaba á mi hermosa vision, como si solo los colores celestiales fueran dignos de vestir su belleza.

Cuando desapareció el iris, la que pensaba yo que formaba parte de él, se habia desvanecido. ¿Se habia disuelto su existencia en el mas precioso de los fenómenos de la naturaleza? ¿Se habia desleído su esencia pura en aquellos variados matices? Pero yo no desesperaba de volverla á ver; porque revestida del iris se habia convertido para mí en el emblema de la esperanza.

Así me abandonó la vision; y muchos días de pesar sucedieron á aquel día. Yo la buscaba por todas partes, al borde de la fuente, en el bosque, sobre la colina, en el pueblo; al levantarse el sol en el rocío, en la hora ardiente del mediodía, al bajar el sol al occidente, en que se habia perdido como una maga, y por todas partes la buscaba en vano.

Semanas y meses se pasaron, y la vision no volvió á aparecer. A nadie participé mi secreto, pero erraba á la ventura, ó me sentaba en la soledad, como alguno que, habiendo entrevisto el esplendor de los cielos, no encuentra ya placer ninguno en la tierra.

Sin quererlo, me convertí á la vez en autor y héroe de una novela, provocando rivales, ideando aventuras, sintiendo todas las fluctuaciones del amor, desde los celos y la desesperacion hasta la suprema felicidad. ¡Ah! si tuviera todavía mi ardiente imaginacion de quince años con el poder de la expresion, dote mas tranquila de la edad madura, mi narracion haria palpitar vuestros corazones, amables lectoras.

Hacia mediados de enero fui llamado á mi casa. La víspera de mi partida visité los sitios santificados por mi vision, y hallé la fuente cubierta con una capa de hielo; y sobre la colina del arco iris no habia mas que nieve, iluminada por la pálida luz del sol de invierno. « Esperemos siempre, » me dije; « porque sin esperanza, mi corazon se helaria como la fuente, y toda la tierra me pareceria tan desolada, como la colina oculta bajo la nieve. »

Empleé una parte del día en los preparativos del viaje que debia emprender á las cuatro de la mañana del día siguiente. Una hora despues de comer, cuando todo estaba dispuesto, bajé á despedirme del anciano ministro y su familia, que me habia hospedado en su casa. Una ráfaga de viento apagó mi lámpara al tiempo de atravesar la antesala.

Segun costumbre de la casa, — costumbre tan agradable cuando el fuego arde alegremente — todo el mundo estaba reunido en la sala, sin mas luz que la que despedia la chimenea. Como el escaso sueldo del buen ministro le obligaba á hacer todo con economia, su fuego se componia principalmente de tan, que se consumia lentamente desde por la mañana hasta por la noche, esparciendo un calor pesado, pero sin hacer llama. Aquella noche, se acababa de renovar el tan, y se habia reforzado con tres leños gruesos de verde encino, y algunas astillas de pino seco que todavía no habian comenzado arder. No habia mas luz que la que despedian dos tizones medio consumidos, y no era bastante ni aun para alumbrar los morrillos. Pero yo sabia donde se hallaba el sillón del anciano pastor; tambien sabia el sitio que ocupaba su mujer con la calceta (1), y como habia de hacer para no tropezar con sus dos hijas, — la una alta y vigorosa campesina, la otra jóven y endeble criatura, que padecía del pecho. — Deslizándome pues en la oscuridad, hallé mi sitio de costumbre al lado de su hermano, un sabio que habia venido del colegio para abrir la escuela del pueblo durante las vacaciones del invierno. Observé que aquella noche habia menos espacio entre la silla del colegial y la mia.

Como casi siempre se guarda silencio en las tinieblas, no se pronunció ni una sola palabra. El ruido monotonó de las agujas de hacer media de la digna madre de familia, interrumpia únicamente el silencio. El fuego lanzaba á intervalos una corta y triste llamarada, que se reflejaba en los anteojos del anciano, deteniéndose

(1) No será quizá inútil recordar á nuestros lectores que se trata de un ministro protestante para que no extrañen que se halla casado.

un instante en nuestro círculo, pero era demasiadamente débil para permitirnos distinguir las figuras que lo componian. Nos pareciamos á fantasmas. Esta misteriosa escena ¿no podria dar una idea de la manera como serán vistos en la eternidad aquellos que hayan sido conocidos y amados en la tierra? No era ni la vista, ni el oído, ni el tacto, sino una especie de sentimiento el que nos revelaba la presencia de nuestros compañeros. ¿No sucederá lo mismo en el mundo de los muertos?

La jóven ética rompió el silencio para dirigir una observacion á una persona á quien llamo Raquel. Una sola palabra fué respondida á sus débiles y trémulos acentos; pero la voz que pronunció aquella palabra me hizo estremecer, y me incliné hácia la parte de donde venia. ¿Habia oído yo ántes aquella voz lenta y dulce? Y si no la habia oído, ¿porqué despertaba en mí tantos recuerdos, ó fantasmas de recuerdos; fantasmas de cosas familiares, y sin embargo desconocidas? ¿porqué llenaba mi espíritu con la confusa imagen de las facciones de aquella á quien pertenecia, por mas que aquellas facciones estuvieran sepultadas en las sombras de la habitacion? ¿A quién, pues, habia reconocido mi corazon para palpar así? Apliqué el oído á fin de oír aquella dulce respiracion, y me esforcé en representarme, con la intensidad de mi mirada, una figura que me era imposible distinguir.

De repente se encendió el pino, una llama rojiza se levantó; y allí, donde poco ántes no habia mas que tinieblas, yo ví... ¡MI VISION DE LA FUENTE!

Espíritu radiante, se habia desvanecido con el iris, y se me representaba al resplandor de la llama, para desaparecer quizá despues de brillar un instante con ella. No obstante, su mejilla estaba encendida y animada, y sus facciones, gracias al calor de la lumbre, me parecian aun mas dulces y tiernas que las que yo tenia grabadas en mi memoria. ¡Ella me conocia! La amable alegría que derramaban sus ojos y abria hoyuelos en sus mejillas, en el momento en que la percibí en la fuente, jugueteaba en su fisonomía. Nuestras miradas se encontraron un momento, al siguiente el montoncillo de tan se desplomó sobre la leña inflamada, y las tinieblas me robaron aquella *niña de luz* para no restituírmela jamás!

Preciosas señoras, no tengo mas que deciros. Será preciso explicaros este sencillo misterio, que Raquel era la hija del principal propietario del pueblo, que habia abandonado el campo por el colegio el día siguiente de mi llegada, y que habia vuelto la víspera de mi partida. Si la he metamorfoseado en ángel, yo no he hecho mas que lo que hace todo jóven con aquella á quien ama. ¡Y la esencia de mi cuento es que hay poco que cambiar en vosotras, amables jóvenes, para convertirnos en ángeles!

E. S.

El pintor Robineau en Rusia.

El que se hace retratar por divertirse, solo busca un pretexto para conversar, figurándose que así no pierde el tiempo: creo que me darán la razon todas las mujeres bonitas, cuyos encantos haya reproducido el pincel de un artista mas amable que hábil.

Robineau era hombre capaz de retratar á todo el género humano, cuando la miniatura y el óleo estaban en boga, ó lo que es igual, ántes que Daguerre descubriese una de los mas importantes secretos de la cámara oscura; y aunque, en vista de las muestras que expuso ante mis ojos, estaba yo persuadido de que no poseia el talento de Van Dick, consentí de buena gana en que me pintase á su manera, seguro de que al pié del retrato tendria que poner mi nombre y apellido para que mis amigos me conociesen en él, y de que seria para mí tan grata su compañía, que llegaria á inspirarme el deseo de pagar por su detestable trabajo duplicado precio. Era sin embargo Robineau demasiado orgulloso para aceptar lo que no creyese haber ganado legítimamente, y para dar una idea de su delicadeza; voy á referir un episodio de su existencia azarosa, que me contó, no bien me tuvo sentado á su frente y con el caballete preparado para dar principio á la confeccion del monstruo que iba á pasar á la posteridad por mi verdadera efigie.

« Caballero, me dijo, aquí donde me veis, he viajado mucho, y conozco todas las *aguas* de Europa, en las cuales he retratado Excmos. señores, milores, barones alemanes y príncipes rusos. He sido además contrabajo en las orquestas de los principales teatros, maquinista, pintor de decoraciones, profesor de idiomas, maestro de música, de armas, de baile, en una palabra, un poco de todo, pero siempre hombre honrado, por supuesto. ¡Bah! ¿Y qué es el oro? Una bolsa vacia y una conciencia pura son cosas que suelen andar muy juntas por el mundo. He podido ser rico, millonario; pero me hubiera sido indispensable hacerme sordo á los golpes que me da en el pecho este corazon, que nunca me llama al órden inútilmente.

» La multitud de ejercicios ó profesiones en que sobresalia, llamaron en las aguas de Baden la atencion de un potentado ruso, que tenia hijos por educar, una gran residencia que embellecer, y un teatro por montar: habia conocido que era yo el hombre universal que él necesitaba. Ofrecióme soberbias ventajas, y me entregó para preparativos de viaje, un bolsillo repleto

de oro, que miré con el mas profundo respeto, y al cual hice un gracioso saludo antes de tocarlo. Todo fué bien mientras permanecimos en Paris, á donde pasamos para comprar todo cuanto exigian las grandes proyecciones del conde; pero durante el viaje hasta Moscou, en el que me acompañó su mayordomo mayor, me puso esté al corriente de mi nueva posicion por medio de pormenores poco satisfactorios. Obediencia pasiva, sumision ciega, reserva invencible; he aquí las primeras condiciones que imponia aquel señor á las personas que admitia al honor de servirle.

» El tal mayordomo, cuya principal mision, como la de todos los de su especie en Rusia, consistia en referir á su amo todo cuanto oia ó veia, me desagradó alta y soberanamente, y comprendí, por su atractiva conversacion, todo lo que tendria que sufrir en una atmósfera preñada de intrigas, de espionajes, de chismes y de embustes.

» El rostro del conde R... que me habia parecido tan amable y risueño en Baden y en Paris, adquirió desde la primera parada, mas allá de la frontera, una expresion fria y severa, y no habiamos caminado aun veinte leguas, cuando aquel gracioso y benévolo extranjero estaba ya convertido en un kalmaco, que podia servir de tipo en los cuentos de brujas, tan horripilantes para los niños. Su baston de caña con puño de oro y piedras preciosas tenia á mis ojos la propiedad de transformarse en *knout*, y mi imaginacion, que jamás me habia atormentado al contemplar las bellezas de la creacion, comenzó á galopar por el campo del terror con tal fogosidad, que cuando entramos en la hosteria para hacer noche, fuí á sentarme pensativo junto á una ventana, apoyando la cabeza entre las manos y maldiciendo la fatal idea que me habia impulsado á aquel viaje. Poco despues, la pesada mano del conde, que cayó sobre mi hombro para arrancarme de tan dolorosa meditacion, me hizo experimentar la horrible angustia de los bastonazos, que se habian fijado en mi mente.

» Llegamos por fin á Moscou, y al cabo de algunos dias que permanecimos en la antigua capital de todas las Rusias, en la que nada admiré, porque nada preparaba menos á la admiracion que el miedo, marchamos á la residencia del conde R... y allí respiré un poco mas. Al verme entre niños y entre árboles, recobré el valor y la alegría: por otra parte, la señora condesa era en extremo bondadosa é indulgente, y se afligia al observar la severidad del conde, aunque no se atrevia á intentar dulcificarla, porque en tal caso solo hubiera conseguido aumentar su cólera y que una parte de los efectos de su constante mal humor recayesen sobre ella.

» Las mañanas, como dedicadas á los estudios, eran para mí las mejores horas del dia; pero las de recreo y las de comer, cuando toda la familia se reunia y temblaba en presencia del señor, se me hacian tan insoportables, que me es imposible describir lo que en aquellos momentos padecia. No puedo ver humillado á otro hombre, de modo que mi corazon recibia de rechazo los golpes del *knout*, que caian sobre las espaldas de los criados de la residencia.

» En Rusia subsiste todavía la barbarie feudal, y... ¡cosa terrible para el que ciñe espada! la charretera de oficial no libra á este del *knout*, el cual con arreglo á las órdenes del emperador, puede infamar al noble lo mismo que al plebeyo. Ya comprenderéis que no se escasearia este método de emulacion para desarrollar la inteligencia de los aldeanos, en el país que habitabamos, y mi alma se desgarraba al ver administrar al tenor del teatro, que yo dirigia para recreo del conde, una dosis de golpes, igual al número de notas falsas que emitia. La correccion tenia lugar entre bastidores, de modo que el conde de Almaviva, al escaparse del balcon de Rosina, se veia castigado por su serenata de una manera brutal, capaz de satisfacer la celosa rabia del tutor mas caprichoso y descontentadizo. Los bailarines se hallaban sometidos al mismo régimen que los cantantes: los céfiros, que giraban sin gracia sobre las puntas de las flores de carton pintado, los amores y las ninfas, cuyas actitudes y piruetas no conseguian transportar al conde hasta el cielo mitológico, recibian sin que les amparasen sus doradas alas de gasa, castigos terrestres y severos. Aquello era triste y divertido á un mismo tiempo: un francés ó un español se hubiera muerto de vergüenza; pero la costumbre hace soportable á los rusos tan odioso régimen. Os aseguro que yo sufría cruelmente al verlos padecer, y procuraba á fuerza de ensayos particulares, poner á aquellos pobres diablos en disposicion de satisfacer los deseos del terrible *diletante*, á quien era preciso divertir á toda costa.

» Uno de los mayores placeres del conde era el billar, y su excelencia se dignaba admitirme, á falta de otro jugador mas noble, al honor de acompañarle. ¿Qué sucedia? Que yo, colosalmente afamado en los cafés de Tolosa y de Strasburgo, me dejaba arrastrar muchas veces por mis brillantes recuerdos, y arriesgaba billas por tabla, que producian coléricos relámpagos en los ojos de mi antagonista. Una tarde en que ya le habia ganado muchas veces, me trastornó tanto el humo de mis triunfos, que llegué á olvidar de todo punto que estaba jugando mi porvenir contra una gloria de cinco minutos, y ya me preparaba á hacer el último golpe para ganar otro partido, cuando acercándoseme rápidamente la condesa y pasando detrás de mí, me tocó en el hombro con disimulo y me dijo al oido: Perdud.— Seguí prudentemente su consejo, cuya urgencia me reveló la satisfaccion de las facciones del conde, que acababa de ganar la primera revancha.— ¡Ea! me dijo; otro partido, Robineau, y aumentemos la apuesta dos rublos.— Acepté y dejé que volviese á ganar mi adver-

sario, que se aficionó á un éxito nuevo para él con tan hábil jugador como era yo. Entablamos el tercer partido, y el conde salió de él victorioso y radiante. Eram sensible un sacrificio de vanidad; pero el dinero era para mí mucho mas difícil; de modo que, despues de haber perdido seis luises, me decidí heroicamente á no proseguir una lucha, en la que mi honor y mi humilde bolsillo se encontraban igualmente comprometidos.— Tendréis la bondad de perdonarme, señor conde, le dije, y me permitiréis que no juegue mas.— ¿Y eso por qué? me contestó.— Para un pobre como yo, repuse, creo que ya basta por hoy, pues no puedo arriesgarme á perder mas.— ¿Creéis por ventura, me replicó con desprecio, arrojando el taco sobre la mesa y lanzándome una mirada que equivalia á un bastonazo, creéis, señor Robineau, que yo quiero el dinero de un hombre como vos? Estas duras palabras, pronunciadas con el acento de un ruso irritado, me alborotaron toda la sangre; pero hice un esfuerzo sobre mí mismo, y logré dejar sin contestacion tan cruel apóstrofo: inclinéme ante mi gracioso señor, y salí de la sala de billar para entregarme á mis cavilaciones á la sombra del jardin. El aire y los árboles eran mis únicos amigos, y mis meditaciones, como podeis suponer, de todo tenian menos de agradables y consoladoras: el mal del país me acometió de tal modo en aquel momento, que me pareció imposible permanecer una semana mas en aquella atmósfera, en que el hielo de los corazones es mas sólido que el de Neva, donde todos tiemblan, desde el esclavo que se estremece delante de su amo, hasta el amo que desconfia del esclavo, y donde el palo forma los guerreros, los artistas y los legisladores.

» Nunca se me apareció con tan bellos colores la hermosa imagen de mi patria; un deseo loco de libertad se apoderó de mí, y decidí marcharme de aquel suelo, que era mi muerte. Dejé trascurrir algunos dias, para que mi proyecto no se asemejase á una fuga, sino á un regreso á mi país, exigido por asuntos de familia, y me escribí una carta, en la que me anunciaba la muerte de mi esposa, acontecimiento que los trabajos de mi existencia conyugal me hacian mirar como dichoso, y supe por un francés recién llegado á Rusia. Cerré con lacre negro esta dolorosa misiva, y me la hice entregar públicamente por mi compatriota, quien fué introducido en la residencia feudal á la hora del almuerzo, y que representó á las mil maravillas su papel de mensajero de muerte. Derramé lágrimas como de un esposo inconsolable, y quedé resuelta mi partida. ¿No era excusable mi artificio? ¿No es permitido todo al hombre para huir del cautiverio? Debo confesar tambien que habiendo sido Xantipa (así se llamaba mi mujer) la causa principal de mi viaje, al cual me impulsó el deseo de mantener la paz á todo trance, parecióme natural que su muerte me sirviese de pretexto para recobrar mi libertad perdida.

» Llegado el dia de la marcha, di las gracias con efusion á la excelente condesa, cuya sonrisa y benévolas miradas habian dulcificado mis penas; abracé á escondidas á sus niños, con quienes no me hubiera atrevido á tomarme esta libertad delante de su padre, y dirigí al conde uno de esos saludos profundos y respetuosos, que parecen indicar, en su ceremoniosa lentitud, el contento del que se ausenta.

» Poco despues pude exclamar como Tancredo:

¡Ah patria cara! Al fin á te ritorno.

La historia de Robineau terminaba aquí, y al mismo tiempo quedó concluido mi retrato, que, segun me figuré desde un principio, solo se me parecia en que vestia uniforme como yo.

» Separámonos con sentimiento, y él quedó mas satisfecho de los cigarros que le regalé y de un fuerte apretón de manos, que de todos los rublos que le arrojaba la munificencia de su temible señor moscovita.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las mesas enamoradas. — Historia de una bonita señora y de una mesa de palo de rosa. — Peligros á que se hallan expuestos los maridos. — Vuelve del otro mundo el alma de un joven Arturo. — De la diferencia que existe entre un peinador de baño y una esclavina. — Triunfo de la tarlatana. — Tres negligés tan buenos para los ojos azules como para los negros. — Mangas á la criolla. — Descripción del figurin.

¿Qué dirémos de Paris? ¿hablarémos bien ó mal?.... A fé mia ni uno ni otro. Paris no merece nada; se ha encerrado en la danza de las mesas, y no sale de allí. Ya la gente no se reúne en sociedad por causas políticas; la política está prohibida en los departamentos del Sena, de Sena y Marne, de Sena y Oise, en fin, en todos los Senas franceses, que no son pocos. Ya no se habla de una novela á la moda, ni de un drama que hace furor, ni de un discurso pronunciado en el colegio de Francia; ya no se leen versos, ni se canta, ni se baila, en una palabra, no se hace mas que consultar á las mesas sobre lo pasado, lo presente y lo venidero.

Y lo mas curioso es que las mesas responden, y revelan cosas que erizan los cabellos. Unas veces se trata de un alma errante que vuelve á este pícaro mundo pidiendo oraciones á los vivos, otras se trata de un amante que se introduce furtivamente en terreno prohibido. En vano el marido ofendido le atravesó en buena ley con un balazo, el amante entra por la ventana, y se esconde en el primer mueble que encuentra.

Sobre este punto circula en los salones para crédulos y enemigos de la ciencia *electro-magnética* una anécdota bastante divertida.

Parece ser que un marido muy celoso de una mujer encantadora habia notado que su joven mitad se encerraba todos los dias de dos á cuatro en su dormitorio, de donde salia con los ojos hinchados de llorar, trémula y conmovida. ¿Qué misterio habia en aquella alcoba?

El marido sabia que antes de su matrimonio, su mujer habia amado en extremo á un arrogante mozo que se habia muerto del pecho; lo que, sea dicho entre paréntesis, no le habia impedido hallar con quien casarse, tanto por sus bellos ojos como por la hermosura de su dote.

Pero por otra parte, la pasion de su mujer habia sido un capitulo de novela y nada mas. Desde su matrimonio, la esposa habia tenido una conducta ejemplar; los celos existian, pues, sin ningun motivo.

El marido resolvió espiar á su mujer, y con este objeto se deslizó en su gabinete de tocador, detrás de unas colgaduras. A las dos en punto la joven entra en el cuarto, y se acerca á una mesita de palo de rosa, exclamando:

— Dios mio, dadme bastantes fuerzas para que pueda hablar con él por última vez.

El marido sintió que el corazon queria saltársele del pecho. ¿Habrá un hombre oculto en el cuarto conyugal que iba á caer á los piés de su mujer?... El silencio mas completo reinaba en el aposento; solo la respiracion de la joven mujer manifestaba la violencia de sus sensaciones.

De repente el marido oyó una voz suave y lastimera que exclamó con acento apasionado:

— ¡Arturo, Arturo mio!...

Una porcion de golpes repetidos respondieron á las tiernas palabras de la joven.

— ¡Ah! ¿no es verdad que me has amado mucho? continuó la voz de la esposa; ¿no es verdad que fué tu primera ilusion, tu primer sueño? ¿Te acuerdas de nuestros paseos por el lago, y de la florecilla azul que me diste, y que he conservado siempre como una reliquia?

Oyéronse otros golpes mas precipitados que los primeros.

El marido separó de repente las cortinas, y vió á su mujer abrazada con una mesita de palo de rosa.

— ¡Desgraciada! exclamó adelantándose hácia ella; ¿dónde está tu amante?... quiero acabar con él, ¿lo oyes?

La pobre mujer aterrorizada, dejó caer la mesa, que se hizo mil pedazos contra el mármol de la cómoda.

— ¡Pobre Arturo! repuso la joven dolorosamente.

El marido comprendió el asunto y soltó una carcajada.

— Estás loca, querida mia, y de hoy en adelante no volverás á leer periódicos; te imaginas que tu primer sueño de amor, Arturo, viene á hablar contigo cuando le llamas; yo no tengo celos de las benditas ánimas, y para probártelo, quiero regalarte hoy mismo otra mesita de palo de rosa, para que converses todos los dias con Arturo.

La mujer no respondió nada, porque se sentia humillada en su amor; pero al dia siguiente abandonó á su marido, dejándole escritas las dos líneas siguientes:

« Arturo me ha dado la orden de separarme de Vd. Parto para América, donde me ha prometido reunirse conmigo. »

Esto es uno de los resultados de la ciencia *electro-magnética*. Los tribunales no han establecido penas aun contra las mesas enamoradas, de modo que la sociedad se halla trastornada completamente. Ni la política ha hecho nunca tales destrozos.

Pero, cualquiera creará que abandono la moda por el magnetismo; nada de eso.

La moda continúa siendo la emperatriz del universo, y en virtud de su influencia, hablan y bailan las mesas. Lo que parece un absurdo, un cuento para dormir los chicos, se convierte en asunto formal, en cuanto la moda lo toma por su cuenta.

Pero entrando de lleno en la materia, principiaremos por decir que acaba de inventarse un precioso *peinador de baño*, muy en boga entre las lindas bañistas que andan á estas horas por Spa, Vichy, Baréges y otros puntos. Este peinador es ancho, con capucha ó sin ella, y se pone sobre un traje diáfano y vaporoso. Nada es mas fresco, iba á decir mas poético, que un peinador de muselina, sobre un vestido blanco de la misma tela, con tres volantes bordados, con un rizado encima por donde se pasa una cinta. Desafío á que pueda nadie imaginar un traje mas ideal y distinguido que el de este vestido y peinador, sobre todo llevando en la cabeza uno de esos bonitos sombreros de paja de arroz calados, con una lluvia de flores sobre el casco, y adornos de blondas á los lados.

La moda no piensa en este momento mas que en las invenciones campestres y de baños. Los tafetanes ligeros, los bareges, las tarlatanas y los organdis pintados son las telas mas en boga. Las tarlatanas se llevan el triunfo, pues lo mismo sirven para medio vestir, que para los prendidos de una ceremonia de jardin y de visita.

Lo mas gracioso de esta tela, es el contorno de sus volantes.

Vense en ella rayitas lisas ó sombreadas; estrellitas de flores, guirnaldas al pasado, ramilletes de rosas, flores silvestres... en una palabra, todo, pues la tarlatana todo lo admite, el bordado blanco, el de color, las ruches de cinta de gasa, y las mariposas de encaje.

Toda señora elegante posee á lo ménos una docena de vestidos de tarlatana, que se llaman de negligé, aunque no lo son, como lo prueba la descripción que voy á hacer aquí de tres de estos trajes.

El primero es blanco, el segundo de color de lila, y el tercero de color de rosa, colores todos que sientan bien, tanto á las morenas como á las rubias, con tal de que sean jóvenes. Los tres se componen de un corpiño con faldetas, y de una falda con volantes.

El vestido blanco lleva por adorno una pequeña ruche de tarlatana, simplemente hilvanada con una puntilla de encaje. El corpiño, que dibuja el talle, lleva faldetas redondas, un verdadero corpiño con ruche de tarlatana, y lazos de lo mismo en la cintura y en las bocamangas.

El segundo es de fondo blanco con rayitas de color de lila, mezcla que produce el mejor efecto; y el último es blanco y de color de rosa; únicamente los contornos de los volantes, en vez de estar adornados con rayas, llevan gruesos puntos sombreados, con los matices de rosa de China y rosa de Bengala.

También se ven otros vestidos de la misma tela con volantes rizados, en los que serpentea una cinta de tafetan de color claro.

En cuanto á los vestidos de barege, se hacen también con un vestido con faldetas, y una falda con volantes. Esta preciosa desunión de corpiños y de faldas produce efectos originales, caprichosos y económicos. Con un corpiño blanco ó de encaje negro, ó de tafetan de color, se puede llevar una falda del año pasado.

El corpiño blanco no se llama ya canesú; un canesú parecía un corpiño sin serlo, se llevaba para servir de transparente al cuerpo verdadero. Hoy la moda es mas exclusiva. El corpiño blanco lleva faldetas, ó guarnición formando faldetas, lo que es todo uno. Solo en las mangas se permite la excentricidad y los caprichos.

El modelo mas nuevo de mangas consiste en tres anchos afo-

llados de muselina, separados por un entredos calado, y terminados por dos volantes de muselina bordada, formando puños. Estas mangas se llaman á la criolla.

Pero para definir la variedad que hay en los cortes y en los adornos, echarémos una ojeada á nuestro figurin.

La primera jóven que está apoyada graciosamente en una balaustrada de mármol lleva un traje todo blanco. ¡Qué sencillez y qué lujo!... Lleva un vestido de piqué inglés ricamente bordado al pasado y al plumetis, en la falda y en el corpiño, con botonadura, cintura y brazaletes de coral. El corpiño lleva faldetas bordadas; en cuanto á las mangas son de vuelta, y van sobre otras de muselina, con picos agudos que caen sobre el guante.

El sombrero es de volantes de paja de arroz, y rizados de tafetan blanco, con blondas de ricos dibujos. Por dentro se ve una guirnalda de rosas, y el sombrero va atado con cintas orientales. La sombrilla baronesa es de tafetan verde claro con mango de marfil esculpido y un espléndido fleco. Pañuelo de crespon de la China, con figuras de pájaros, de mandarines, de palanquines y de flores exóticas. Las botitas son de tafilete color de perla.

La otra jóven va también vestida con gracia y elegancia. Su vestido es de barege ceniciento, con volantes de bandas escocesas verde satinado. Los contornos de los volantes llevan una punta de encaje negra, lo que da mas coquetería al traje. El corpiño, ligeramente entreabierto, termina con faldetas, y va guarnecido como los volantes de bandas escocesas y de encaje negro. Las mangas son muy caprichosas, pues encima del brazo se ve un cuadrado de cinta ahuecada, por cuyo centro se descubre la manga blanca.

Sombrero de trenzas de paja de Italia colocadas horizontalmente, y separadas por un sesgo de tafetan blanco y de crespon. Por detrás, sobre el casco, se ve un lazo á la Emperatriz. — Cintas anchas flotantes; guantes de Suecia, de color de paja, y botitas verdes.

Esta bonita jóven tiene en las manos á una niña de ocho años. Su corpiño blanco, abierto con gracia, se destaca sobre una falda de tafetan azul de Sevres, con rayitas, bastante corta, para dejar á descubierto un elegante pantalon bordado al plumetis. Su sombrerito de paja va guarnecido por dentro de cintas y de rosas, lo que hace muy bien en una jovencita de seis años.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

TIEN-TE, jefe de los insurgentes Mings, pretendiente al imperio de China.

El no poderoso, pero sí vasto imperio de la China, toca á una completa disolución. Los insurgentes, coincidos por el jóven pretendiente Tien-té, se han apoderado de Nankin. La provincia de Nankin es el jardín y el granero del imperio, y domina á Pekin, como la exclusiva domina el canal, ó la barra el curso del agua. Se cree firmemente que los insurgentes llegarán á la capital y se apoderarán de ella; una vez allí, la falta de telégrafos y comunicaciones rápidas producirá los mismos efectos que el exceso de centralización en Europa, porque los extremos se tocan; cuando Tien-té se haya apoderado de Pekin, la actual dinastía tártara habrá sucumbido.

¿Qué significa ese movimiento, que nació ayer, y que se propaga en aquel imperio con tanta fortuna y actividad? Significa simplemente, que en China como en todas partes, el nuevo espíritu sustituye inevitablemente al antiguo. La dinastía actual que conquistó la China contra sus soberanos indígenas, se desploma y extingue entre los escombros de la infatuación, la inmovilidad, y el ciego orgullo.

El emperador actual, Hien-Fung, cuyo nombre económico, pero falso, significa *completa abundancia* subió al trono en 1850. Su edad es de 22 años, pero á pesar de su juventud, educado en las muelles delicias que rodean á los herederos del imperio, es tenaz adversario de toda reforma y progreso. Mucho tiempo hace que la China está cubierta de clubs y sociedades secretas. Si este es un mal, á lo ménos indica una necesidad, vaga tal vez, pero que los gobernantes hacen mal en desatender ó combatir comprimiéndola. Mucho mas útil sería definirla y procurar satisfacerla. Hien-Fung no piensa así, y al grito de «Reforma» lanzado por la nación, se responde con el de «Resistencia.»

¿De qué se trata? á tal distancia, y careciendo de documentos preciosos, es difícil determinar claramente el carácter de la insurrección que amenaza ó ha derribado á estas horas al último descendiente de los Tsing. Sin embargo, por los que poseemos, y el curioso é interesante opúsculo de MM. Callery y Ivan sobre la *Insurrección de la China*, podemos comprender que se trata de una revolución á la vez política y religiosa.

Tien-té, el jefe de la insurrección es también un jóven de 23 años. Su objeto declarado es echar por tierra la dinastía extranjera, sustituyendo con su persona la raza nacional de los Mings. Todo anuncia que lo logrará.

Pero no es solo un Gustavo Wasa, ó un Carlos-Eduardo; es un reformador teológico, y se confunde con el pretendiente monárquico el genio de Juan Leide. Su nombre, que significa *Virtud celestial*, opuesto al de *Perfecta abundancia*, revela el carácter espiritualista al mismo tiempo que temporal de su empresa: es el espíritu opuesto al estómago y molice en que muere la dinastía de los Mantchux. Tien-té se ha educado en medio de las sociedades místicas, en las franc-masonerías que minan hace años el imperio Tsing, y cuya base, casi invariable, es una especie de trinidad ó trio, en que el hombre entra en comunidad con el cielo y la tierra. Francamente declaramos que no podemos explicar el dogma recién nacido de esta triple alianza; lo que se desenvuelve en él es que los reformadores de la China, los husistas del Celeste Imperio quieren abolir las groseras

supersticiones y atributos de Buddha, y que han comenzado su obra derribando los monumentos religiosos, pagodas, dragones y cuantos ídolos han caído en sus manos. Dudoso es si á estas fechas estará en pié la famosa torre de porcelana de Nankin. Tal es la imperfección del alma humana; en China como en Europa, ¿porqué cada progreso ha de ir acompañado de destrucciones vandálicas, de ataques á las obras artísticas ó históricas, á la vida muda, pero elocuente de los tiempos que pasan?

Se trata, pues, de echar abajo la dinastía y la religion dominantes para sustituir á la una los Mings, á la otra un culto mas puro, mas interno. No es esto todo; Tien-té anuncia que dividirá el imperio y lo federalizará. No hay duda que un imperio tan extendido, privado de rápidas comunicaciones, necesita de ese federalismo, que aflojando los lazos de una tiranía aborrecida, permitirá que las provincias vivan y se gobiernen mas libremente;

como aparece en las numerosas monedas que circulan con profusion en el imperio, se distinguen por el crecimiento desusado y enteramente revolucionario de toda la cabellera.

Dejemos por lo demás hablar á MM. Callery é Ivan. «El estudio y las vigilias lo han envejecido prematuramente (al pretendiente.) Es grave y triste, vive muy retirado y no se comunica mas que con los que le rodean para darles sus órdenes. Su fisonomía expresa la dulzura, pero la dulzura propia de ciertos asiáticos, que no excluye ni la firmeza ni una especie de obstinación peculiar á las naturalezas creyentes. Su tez es la de los chinos meridionales; en cierto modo es azafranado. Su estatura es mayor que la de Hien-Fung, pero en cambio es ménos robusto. Los dos han sufrido la influencia de su educación que se refleja sobre su físico. El emperador, esbelto, osado, de mirada firme, manda con altivez y exige que se le obedezca ciegamente. Tien-té, por el contrario, tiene una mirada impasible que parece que penetra hasta lo mas profundo del corazón. Manda mas bien por sugestión que dictando órdenes. En una palabra, posee la reserva silenciosa del hombre que ha reflexionado mucho ántes de confiar sus proyectos.»

«Su táctica, sus manifiestos prueban que tiene una exquisita sagacidad política, una incontestable superioridad de miras, y sobre todo la energía activa y perseverante que distingue en cierto modo al hombre que se ha educado á la sombra de las sociedades secretas.»

Si es exacto, como no lo dudamos, este retrato, desde luego se podría asegurar por él, cual sería el resultado de la contienda, si no supieramos por las noticias de Canton y Nankin que las tropas imperiales son derrotadas donde quiera que admiten ó provocan la lucha.

Esta guerra, por otra parte, ha tomado el carácter de la mas encarnizada exterminación. Allí no se da cuartel. Los insurgentes, cogidos con las armas en la mano, ó lo que es lo mismo, sin el ortodoxo ornamento de la trenza, son decapitados por la gran navaja de afeitar que sirve de hacha al verdugo chino. Tien-té hace lo mismo con los miserables defensores de su rival. Las provincias son devastadas y saqueadas alternativamente por los dos partidos adversos. Hé aquí un ejemplo: «Cuando la pequeña ciudad de Lo-Ngan fué tomada por los insurgentes en 1851, los vencedores la impusieron una contribución: además se apoderaron del empresario de un monte de piedad, fijando su rescate en mil taels, (unos 1,500 duros) El desgraciado pagó y fué puesto en libertad, pero al día siguiente penetraron en la ciudad las tropas imperiales, é impusieron á sus habitantes una nueva contribución; ¡el desdichado empresario del monte de piedad fué multado esta vez en tres mil taels!

TAL ES EL FRUTO AMARGO DE LAS DISCORDIAS CIVILES.

Pero la guerra, inaugurada dos años hace, toca á su término, y dentro de poco sabrémos si el famoso Imperio Celeste es definitivamente Ming ó Tsing.

F. M.



德天

te; el Norte continuará siendo asiático, el Mediodía se mezclará con los nuevos elementos que introduce allí la institución de los cinco puertos, y la emigración frecuente de los europeos; en una palabra, abrirá sus puertas á una civilización mas avanzada que no es ya posible negar ni resistir, y á la cual se han opuesto imbecilmente los últimos emperadores tártaros.

Los insurgentes han tomado por distintivo la supresión de la trenza larga que los conquistadores Mantchux habian impuesto á ejemplo suyo á toda la población subyugada. Este retroceso á los antiguos usos se completa con la adopción de la túnica abierta por delante, que es el vestido chino puro.

Cortarse ahora la trenza es lo mismo que sacar la espada de la vaina. Con efecto, el retrato de Tien-té, tal

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA	\$ 13 » »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan)	\$ 12 50 macq.	Un número suelto	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME	\$ 12 fuertes.	Un número suelto	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUBANA	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA	\$ 15 fuertes.
Un número suelto	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes)	\$ 14 » »	Un número suelto	3 1/2 rs. fs.